

Foro Internacional de Acción Católica (FIAC)

Por una Europa fraterna
La contribución de la Acción Católica

Sarajevo, 3-7 de septiembre de 2003

ACTAS
III Encuentro Continental de Europa-Mediterráneo

ÍNDICE

Presentación	pag.	3
Saludo	pag.	4
<i>Mons. Francesco Lambiasi</i>		
Intervenciones		
– <i>Mons. Franjo Komarica</i>	pag.	6
– <i>Mons. Pero Sudar</i>	pag.	11
– <i>P. Zelico Majic</i>	pag.	14
Los problemas que nos unen		
Intervenciones		
– <i>Alexandru Cistelecan</i> – Europa de l'Este, Rumania	pag.	20
– <i>Ilaria Vellani</i> – Europa de l'Ouest, Italia	pag.	25
El futuro esta en nuestras raíces.		
	pag.	31
La novedad del Evangelio en la Europa del tercero milenio		
<i>p. Ghislain Lafont osb</i>		
Por qué La Iglesia necesita a la Acción Católica	pag.	46
<i>Mons. Atilano Rodriguez</i>		
Los rasgos del rostro de la AC conciliar para el tercero milenio		
pag.	53	
<i>Beatriz Buzzetti Thomson</i>		
Documento final	pag.	57
Programa	pag.	61
Lista de los participantes	pag.	63

PRESENTACIÓN

Presentamos las ACTAS del III Encuentro Europeo-Mediterráneo que se realizó en Sarajevo, Bosnia-Herzegovina del 3 al 7 de septiembre de 2003.

El primero de estos Encuentros a nivel europeo se llevó a cabo en Malta en 1997, sobre el tema: “*En diálogo con Dios, en la Iglesia, con el mundo y con las culturas*”, a la luz de *Tertio Millennio Adveniente* et que posibilitó la profundización en el camino común de toda la Iglesia hacia el Jubileo del 2000.

El segundo se realizó en Iasi, Rumania, en 1998 y tuvo como marco de referencia los *Lineamenta* preparatorias de la Asamblea Sinodal y el llamado del Santo Padre a la construcción de una Europa única, “*desde el Atlántico hasta los Urales*”. El análisis y las propuestas se centraron en el modo en qué los laicos de AC viven la participación y la corresponsabilidad en la Iglesia, en el diálogo dentro de la Iglesia y entre las Iglesias, y en particular en la comunicación entre las asociaciones y los movimientos.

En ocasión de este III Encuentro y a la luz de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa*, la reflexión y las propuestas se centraron en: “*Por una Europa fraterna. La contribución de la Acción Católica*”. Desde la perspectiva de la fe se consideraron los problemas que unen al este y al oeste, con la convicción que el futuro está en las raíces, pero que nos toca hoy con el aporte de a cada uno construir ese futuro con coraje y con creatividad.

La participación de delegaciones de Austria, Bosnia-Herzegovina, Croacia, España, Israel, Italia, Malta, República Moldova y Rumania y de los miembros del Secretariado de Italia, España y Argentina, permitieron vivir la riqueza de la comunión de distintas realidades y la experiencia fuerte e intensa de la vida de la Iglesia en Europa y de la Iglesia Universal.

Los momentos de reflexión y de plegaria, de intercambio y de recreación, los gestos, las palabras, los cantos, los silencios, la alegría del encuentro, las diversas lenguas y el esfuerzo constante para comprender la realidad del otro y repensar desde esta perspectiva la propia realidad, fueron creando lazos de amistad que ayudarán sin duda a una acción futura solidaria que colabore en la construcción de una Europa fraterna.

En este, como en los Encuentros continentales de África e de América, el FIAC concreta su servicio como lugar de encuentro, de reflexión y de solidaridad entre los países. Es por esto que al presentar estas ACTAS a todos los países y especialmente a los de Europa-Mediterráneo, confiamos en que ayuden a vivir en plenitud nuestra vocación laical de Acción Católica en este tiempo providencial en el que el Señor nos ha dado la gracia de vivir.

En las manos de María, nuestra Madre, ponemos todos estos trabajos, pidiéndole que nos acompañe en este camino.

SALUDO

Mons. Francesco Lambiasi
Asistente Eclesiástico del FIAC
Asistente general de la Acción Católica Italiana

“Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo con ellos” (Mt 18,20). Estas palabras del santo Evangelio dan luz a nuestro encuentro, infunden paz y abren un gran horizonte: el la luz de la presencia del Señor Jesús, es la paz de su espíritu, es el horizonte amplio del Reino de Dios.

Estamos aquí reunidos para hacer un discernimiento pastoral que todos deseamos atento, disponible, concreto: estamos llamados a responder a la pregunta ¿qué Acción Católica, para qué Iglesia, para qué Europa?

La respuesta a esta pregunta no parte de cero: hace al menos cuarenta años que las Iglesias en Europa se están interrogando y contrastando en torno a este reto.

Debemos partir del Concilio Vaticano II, pero se nos ha pedido “aggiornare” la actualización que el Beato Papa Juan XXIII comenzó para la Iglesia con la apertura del Vaticano II.

En una situación definida culturalmente como “post-moderna” y religiosamente como “post-cristiana”, la comunidad cristiana no puede ya dar la fe por supuesta, es más, está llamada a dar resonancia al mensaje evangélico con nuevo ardor, con un lenguaje nuevo, con nuevos signos “que creen sorpresa en la gente” (EN 11-12).

En esta nueva evangelización, la Acción Católica no puede quedarse en la retaguardia: se la pide actualizarse decididamente para renovar profundamente cada comunidad cristiana para que sea “una estación misionera” para todas las personas que viven en ese territorio, trabajan y pasan el tiempo. Hablando a los asistentes de la Acción Católica Italiana en febrero pasado, el Papa ha invitado a cada párroco a “no tener miedo” de abrir o reabrir la parroquia a la AC. Pero bien lo sabemos: la AC no se puede imponer por obediencia.

Para que la invitación del Papa encuentre una adhesión cordial y convencida acogida es necesario que la AC sea una AC “bella y posible” como dice Paola Bignardi, Presidenta de la Acción Católica Italiana. Ayudemos al Papa a hacer que su invitación sea acogida.

Agradezco al cardenal Vinko Puljic y a mons. Pero Sudar, pastores de esta Iglesia local de Vrhbosna-Sarajevo y a mons. Franjo Komarica, obispo de Banja Luka y Presidente de la Conferencia Episcopal de Bosnia-Erzegovina, la acogida a esta iniciativa del FIAC, que quiere ser un signo de amistad y fraternidad entre las Iglesias de tantos países de Europa.

Doy las gracias a todos los presentes, en especial a mons. Atilano Rodríguez, Obispo Consiliario de la Acción Católica Española.

Todos juntos damos gracias al Señor por habernos reunido en su nombre.



BIENVENIDOS EN BOSNIA-HERZEGOVINA!

La situación del país y de la diócesis de Banja Luka

*Mons. Franjo Komarica
Obispo de Banja Luka
Presidente de la Conferencia Episcopal*

En nombre de los miembros de la Conferencia Episcopal de Bosnia-Erzegovina - de los que algunos están presentes - os doy mi más cordial bienvenida a la ciudad de Sarajevo-Vrhbosna y al Estado de Bosnia-Erzegovina. El Secretario General del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas, Mons. Aldo Giordano, no puede estar con vosotros, pero me ha pedido que os saludara en su nombre y así lo hago.

Os doy sinceramente las gracias porque habéis querido celebrar vuestro encuentro anual precisamente con nosotros, aquí en Sarajevo. Creo que os convenceréis que vuestra decisión ha sido óptima y muy útil para nosotros los católicos y también para los creyentes de otras confesiones en esta tierra específica del continente europeo.

Permitidme presentaros brevemente, en líneas generales, nuestra situación. Oiréis muchas cosas en estos días durante vuestro encuentro.

El sureste del continente europeo

En la parte más grande de este territorio se encuentran los Estados que buscan su porvenir después de la caída del comunismo en 1989.

Este camino es arduo y los habitantes de cada país solo pueden atravesarlo con mucho esfuerzo.

En los esfuerzos de Europa por construir radicalmente y de manera satisfactoria la casa común, acogedora para todos sus habitantes, esta parte de Europa es un “test” peculiar para el éxito de toda Europa. Esta parte del sureste del continente europeo ha sido a menudo olvidada por los estados de Europa occidental. Además, aquí se encuentran y entran en conflicto muchas diversidades: nacionales, religiosas, culturales y de civilización.

La situación es dramática especialmente en el territorio de la ex Yugoslavia. Aquí han aflorado nuevos Estados internacionales reconocidos.

La separación de los Estados se ha desarrollado con tantas tragedias causadas por la guerra como continuación de la primera y también de la segunda guerra mundial. En el territorio de los países afectados por la guerra, entre ellos Bosnia-Erzagovina, en el fondo la guerra ha sido entre las grandes potencias.

Nosotros hemos sido el polígono para medir sus intereses y para probar las armas más nuevas, según lo que me han explicado los representantes de la comunidad internacional. Por lo que respecta a la grave tragedia en Bosnia-Erzagovina, el Santo Padre Juan Pablo II, dijo el 13 de abril de 1997 en Sarajevo: “Europa ha tomado parte en esta tragedia como testigo. Debemos preguntarnos ¿ha sido Europa un testigo responsable?”

Esta pregunta no se puede evitar. Es importante que la respuesta sea dada por los responsables: hombres de Estado, políticos, militares, científicos y representantes de la cultura”.

El desarrollo de la situación en la diócesis de Banja Luka y en Bosnia-Erzagovina

En el territorio de Bosnia-Erzagovina hay cuatro diócesis: la archidiócesis de Sarajevo y las diócesis de Banja Luka, Mostar-Duvno y Trebinje-Mrkan.

En el siglo pasado en el territorio de Bosnia-Erzagovina ha habido tres guerras, han cambiado seis Estados con diferente orientación política. Cada guerra ha traído sufrimientos, persecuciones, destrucción de la riqueza eclesial, cultural y material del país. En cada guerra la Iglesia Católica ha pagado con un precio cada vez más caro su existencia y la fidelidad a los principios evangélicos. Así se ha convertido en un “pequeño rebaño”. Hasta ahora, gracias a sus fuertes raíces espirituales, con la ayuda de Dios y con la de los hermanos y hermanas católicos de otros países, ha conseguido sobrevivir, existir en este territorio donde está presente ya desde el siglo VI. A causa de la agresión a Bosnia-Erzagovina, durante cuatro años en el transcurso de la reciente guerra, desde 1991 al 1995 según las valoraciones efectuadas, la Iglesia Católica ha sufrido más, sobre todo mi diócesis de Banja Luka, tanto durante la segunda guerra mundial como en la reciente.

Al final de la guerra resulta que: dos tercios de los fieles expulsados, el 95% de los edificios eclesiales destruidos o dañados, seis párrocos, un religioso y una religiosa asesinados, dos tercios de los sacerdotes exiliados o refugiados. Es necesario recordar que en mi diócesis, durante todo el tiempo de la guerra, no se ha hecho ninguna batalla armada. Hemos invitado insistentemente a los católicos a no acrecentar los sufrimientos ocasionados por la guerra, ni los propios ni los de otros.

Además de los sufrimientos y las destrucciones, el mal, la calumnia y la propaganda han anulado en la gente todas las normas morales, han divulgado el odio, la intolerancia y la venganza. Es bruta y aplastada la dignidad del hombre común, pequeño, es privado de los más elementales derechos humanos y civiles y se le arrebató la libertad.

El hombre pequeño, insignificante es marginado, se encuentra en la desesperación existencial, se ha convertido en el objeto sobre el que los poderosos de la tierra realizan sus intereses egoístas.

De la guerra, mi patria ha salido con el sistema estatal, cultural y social destruido, con confusión moral y ética. Todo esto ha creado un ambiente adecuado para que pueda prevalecer el derecho de los más fuertes, de los más robustos, un ambiente favorable para consolidar los frutos de la guerra que son: injusticia, crímenes, anarquía, amoralidad, ausencia de derechos humanos, desilusiones, degradación, dependencia de drogas y alcohol.

El desarrollo de la situación en Bosnia-Erzagovina se caracteriza por la división del estado en dos partes que tienen su propio gobierno, su propia legislación y su propio ejército.

Con los “*Acuerdos de paz de Dayton*”, la comunidad internacional ha puesto fin a los conflictos bélicos, pero la paz justa no se ha establecido. En el plano del Estado, el poder de decisión corresponde a quien representa la Presidencia - actualmente Pfady Eschdaun. El Consejo de Ministros y la Presidencia estatal, formada por tres miembros, tiene un papel más simbólico que real en la gestión del Estado. Muchos criminales de guerra están todavía libres, que desarrollan actividades políticas y administrativas relevantes, muchos son “tiburones” importantes en la economía, es decir, se aprovechan nuevamente en su beneficio en el proceso de privatización de los bienes sociales.

En la cabeza de las personas con autoridad en el campo político, económico, cultural, administrativo, de instrucción pública, oficina de higiene, hay todavía objetivos de guerra particulares, en vez del objetivo de parar a toda costa la situación creada por el terrorismo, por la injusticia, por la limpieza étnica y por las usurpaciones.

La evidente irresolución, la desunión, la incoherencia de los representantes de la Comunidad Internacional en afrontar las decisiones para cambiar la situación política, jurídica, social, económica de Bosnia-Erzagovina es verdaderamente terrible. Esto afecta a toda Bosnia-Erzagovina, sobre todo al territorio gobernado por los serbios de Bosnia de donde han sido expulsados numerosos católicos-croatas como también los musulmanes bosnios. En la zona de la República de Serbia se encuentra el centro de mi diócesis, dos tercios de las parroquias.

El retorno de los exiliados y prófugos va muy lentamente. Autoridades nacionales y locales, junto con partidos extremistas, directa o indirectamente, obstaculizan el regreso, especialmente de los católicos.

Por ejemplo, de una parte de mi diócesis que pertenece al territorio de la República de Serbia, han sido expulsados casi 80.000 católicos. Después de la guerra (en siete años y medio) solo casi 2.000 han vuelto.

De todo el territorio de la República Serbia han sido expulsados 220.000 católicos y han vuelto casi 10.000. En la misma zona el número de musulmanes retornados es veinte veces mayor. Así han vuelto los serbios en la otra parte del estado - la Federación de Bosnia-Erzagovina.

Las autoridades del Estado no da a los repatriados la ayuda material necesaria para la reconstrucción de las casas, de los pisos y todo lo necesario para recomenzar una vida normal. Nuestra Cáritas diocesana, sostenida por las Cáritas de los países europeos, sobre todo Italia, Suiza, Alemania y Estados Unidos - y algunas Cáritas diocesanas, se preocupa de construir y recuperar los alojamientos. Ayuda a la gente a continuar la vida y a cubrir sus necesidades con su propio trabajo.

En todo el país hay mucha gente sin trabajo, casi el 50%. En la República Serbia el 60% está desocupado, en el mismo territorio entre la población croata el desempleo llega al 90%. Para los repatriados católicos es difícil encontrar trabajo y crear las condiciones para una vida normal. Muchas veces el proceso para obtener la pensión dura más de un año. La pensión media es de cerca de setenta euros. Sobre todo es difícil para las familias numerosas. Malversación, corrupción, huelgas, insatisfacción pública están muy presentes. Muchas ayudas internacionales llegadas al país se han “disuelto” en manos privadas, ya sean nacionales o internacionales, y que no han sido castigados.

La actitud de la Iglesia

Durante el tiempo que duró la guerra y después, de distinta manera, nos hemos esforzado en ayudar a los católicos, muchos no-católicos, serbios, bosnios, creyentes y no-creyentes. Insistentemente hemos predicado el amor, el perdón, la reconciliación, la tolerancia y la solidaridad.

A través de nuestra Cáritas, todo el tiempo de diez años hasta hoy, hemos ayudado materialmente a la gente con dificultades, prescindiendo de la pertenencia nacional o religiosa. Juntos hemos contribuido a reducir las tensiones, la desconfianza y a reforzar la reconciliación y la confianza recíproca.

Después de la guerra, en la época de la reconstrucción, lo primero han sido las casas destruidas o dañadas para la gente que consiguió quedarse o que ha podido volver a la patria.

En estos años de sufrimiento, a los necesitados hemos ofrecido vestido, comida, zapatos, material higiénico y medicamentos. Esto lo hacemos también hoy, aunque menos, porque no podemos encontrar y facilitar ayuda a todos los que

la necesitan. Podemos ayudar en la medida en que conseguimos recoger las cosas que se necesitan de las organizaciones caritativas de fuera. Una parte de las ayudas las hemos dado solos, por ejemplo: harina, verduras, y luego ventanas, puertas, muebles, máquinas e instrumentos agrícolas. Poco a poco conseguimos reconstruir y edificar edificios eclesiales destruidos o dañados: las casa parroquiales, las iglesias, las capillas, los monasterios. De 204 hemos renovado 55 y de ellos 18 se están reconstruyendo poco a poco.

El Santo padre me ha dicho explícitamente que nosotros los obispos de Bosnia-Erzagovina, debemos preocuparnos de renovar las instituciones eclesiales, las parroquias, las comunidades religiosas. En esta labor nos sostendrá la Iglesia entera. Estamos muy agradecidos al Santo padre por su constante preocupación paternal y por la ayuda a nosotros los de Bosnia.

El regalo más precioso para nosotros los católicos de Bosnia-Erzagovina ha sido la reciente visita al centro de mi diócesis, en Banjaluka y la beatificación de Ivan Merz, que es de allí. El nuevo beato proclamado por el papa es mostrado como ejemplo a todos los católicos, de modo especial a los jóvenes. En la homilía dijo: “El nombre de Iván Merz ha significado un programa de vida y de acción para toda una generación de jóvenes católicos. ¡Debe seguir siéndolo hoy también!

El Santo Padre nos recuerda continuamente con amor. Después de la visita a Banja Luka, durante una audiencia, el 26 de junio, dijo: “Ruego a Dios que el pueblo de esta parte del mundo, ayudado por la comunidad internacional, esté en grado de resolver todas estas cuestiones tan complejas”. Una cosa parecida ha repetido el 30 de julio en Castelgandolfo, ante cien profesores y alumnos del liceo de Banja Luka a los que ha dicho: “Queridos profesores y estudiantes del Liceo de Banja Luka, os saludó cordialmente. ¡Bienvenidos! Conservando en el corazón los bellísimos recuerdos de mi reciente visita pastoral a la diócesis de Banja Luka, durante la que he proclamado beato a vuestro grande conciudadano Ivan Merz, que durante ocho años frecuentó vuestro Liceo, os encomiendo a su intercesión, para que os asista en la elección de los auténticos valores humanos y religiosos para estar en grado de construir una sociedad fundada en la verdad, la justicia y el respeto a la dignidad de todos los seres humanos. Sobre cada uno de vosotros y vuestra Patria, Bosnia-Erzagovina, invoco la bendición de Dios”.

Como miembros de la Iglesia Católica en esta tierra, que es nuestra patria, con toda la fuerza de nuestra fe constructiva, queremos contribuir a la reconstrucción de esta sociedad sobre la bases de la verdad, la justicia y el respeto de cada hombre y de cada pueblo.

Agradecemos a todos los que, en este responsable deber nos ayudan con sinceridad. Entre ellos estáis vosotros. Por eso a vosotros nuestra sincera gratitud.

LA ARCHIDIÓCESIS DE VRHBOSNA-SARAJEVO

*Mons. Pero Sudar
Auxiliar de Sarajevo*

Desde hace diez años la Iglesia de Vrhbosna-Sarajevo oscila entre la esperanza y el miedo. La esperanza la toma de la fe, porque todo lo que le ha sucedido, no solo en los últimos diez años, sino en los últimos siglos, habría escrito su epitafio si su vida no estuviera garantizada por la voluntad divina. Baste recordar solo el hecho que en cinco siglos el número de los católicos en esta tierra se ha reducido de casi el 90% al 17%, que en el transcurso de la última guerra ha disminuido. A pesar de esto, dentro de nosotros resta siempre la temida pregunta ¿hasta cuando seremos dignos de esta mano protectora? ¿hasta cuando seremos capaces de creer en la realidad y en los valores sin los cuales ni siquiera Dios puede hacer vivir un pueblo y a su Iglesia encarnada en él?

Como toda la Iglesia en Bosnia-Erzegovina, después de la constitución de la jerarquía ordinaria acaecida hace 120 años, la archidiócesis de Vrhbosna ha vivido sucesos desconcertantes, períodos largos de lenta recuperación y breves períodos de florecimiento. Podía sobrevivir a los 400 años de la persecución otomana solo una Iglesia de profundas raíces, ayudada por el gran empeño de los padres franciscanos, nacidos y nutridos por la fe del propio pueblo. Las dos guerras mundiales y los difíciles post-guerra, particularmente el comunista, han dejado los signos del nuevo martirio. A pesar de esto, o quizá precisamente a causa de esto, esta Iglesia se ha mantenido rica en la fe y en la fidelidad de sus gentes. El porcentaje de los que, aún durante el comunismo, acudían a la Misa dominical y que recibían los sacramentos era muy elevado. En los pueblos casi el 100%. La fuerza de las asociaciones eclesiales en el periodo entre las dos guerras, entre ellas la Acción Católica, y la inagotable riqueza de las vocaciones espirituales, hasta hace algunos años, han constituido la prueba de su vitalidad.

La última guerra-genocidio, con la llamada “limpieza étnica”, ha dejado consecuencias desastrosas. En 144 parroquias han sido dañados o completamente destruidos 690 edificios eclesiales. Un tercio de las iglesias parroquiales (52) ha

sido totalmente destruido. ¡Los párrocos y la gente han podido permanecer solo en 60 sedes parroquiales! De los 528.000 fieles que se han declarado católicos durante el comunismo, al terminar la guerra quedaban unos 186.000. En cuatro años de guerra la Archidiócesis ha perdido 342.600 católicos. Animada por los mensajes del Santo Padre, esta Iglesia particular, junto con las otras en Bosnia-Erzagovina, ha intentado hacer frente al mal y a la destrucción. Con numerosísimos comunicados ha condenado los crímenes animado los intentos positivos. Ayudada por las Iglesias de Europa a través de acciones de sus instituciones humanitarias ha intentado hacer creíble las palabras fundadas en el Evangelio.

La credibilidad conquistada durante la guerra, por diferentes y no aclarados motivos, se ha perdido en su mayor parte. La solución política, el modo de promover la paz por parte de los representantes de la comunidad internacional, la intolerancia de fondo y la situación económica, han creado en los católicos un sentimiento de desconfianza y de temor al futuro. El paro (44,3 %), los obreros sin salario (9,3%), la pobreza creciente (el 56,1% sin las necesidades básicas cubiertas, el 33,3% de las familias tiene que vivir con 150 euros al mes, los trabajadores en lista “de espera” reciben 20 euros al mes, el 93% de los ciudadanos piensa que no pueden sobrevivir económicamente en Bosnia y Erzegovina) y la situación actual no promete nada bueno (el 42,2% teme una nueva guerra), desanima a los prófugos a volver y anima a los jóvenes a marcharse (el 76% quería dejar Bosnia-Erzegovina). Diciendo esto explico también los motivos del escaso retorno de los católicos. En ocho años de tregua , de los 342.600 católicos de nuestra diócesis, solo 31.921 han vuelto a sus casas y la mayor parte ancianos y pobres. La estadística demuestra que el año pasado han sido bautizados 2.528 personas, casi dos tercios menos respecto a 1991 (6.644). A pesar de eso el número de sacerdotes presentes en la diócesis (325) es mayor que en 1991 (entonces eran 257).

La Iglesia no ha podido ni querido preocuparse demasiado por la situación política injusta, por las condiciones económicas desesperantes y por la escasa disponibilidad al retorno de su gente. Alimentándose de la esperanza del Evangelio y del gran valor de sus sacerdotes, oficialmente ha regresado a 80 parroquias. Solamente en cuatro no está la presencia física de los sacerdotes y no se ha empezado la reconstrucción de los edificios religiosos. Esta y todas sus actividades están dirigidas a hacer sobrevivir a la Iglesia poniendo signos de esperanza.

Todo esto ha sido posible gracias a la solidaridad de las Iglesias en Europa, a través de la intervención de las Conferencias Episcopales, de las Cáritas, de los

hermanamientos entre nuestras parroquias destruidas y las diócesis y las parroquias, también algunas asociaciones diocesanas y parroquiales de Acción Católica. Agradecemos a todos los que nos han estado y siguen estando cercanos en este empeño constante por sobrevivir como Iglesia y como pueblo, y ser la mano tendida a los otros.

En estos últimos decenios Occidente habla con mucho entusiasmo de convivencia, de ecumenismo y de diálogo. A veces nos parece que se olvida que solo los vivos pueden convivir y solo los que están enraizados en la propia identidad pueden hacer su aportación al ecumenismo y al diálogo - tan necesario - entre los diferentes. A pesar de la experiencia que la atemoriza, esta Iglesia quiere ser profundamente ecuménica y dialogante.

Pero para poder serlo verdaderamente, debe sobrevivir. Y solo será posible cuando sus miembros puedan vivir dignamente su identidad religiosa, nacional y cultural en Bosnia y Herzegovina. Según mi opinión, en nuestro país no es ya prioritaria la demanda de cómo ayudar a volver a los católicos que han sido expulsados, sino cómo ayudar a quedarse a los que no se fueron. Las consecuencias de la política, ya sea la de la comunidad internacional que no comprende la situación, ya sea la interna que no quiere mejorarla, no nos animan. Tanto más son importantes los signos que nuestra Iglesia, ayudada y animada por la Iglesia universal, intenta dar. Nuestra presencia, importante en esta tierra frágil, no será posible sin la ayuda de la Iglesia universal, especialmente de la europea.

Bajo esta luz y esta perspectiva veo el encuentro europeo del FIAC en Sarajevo. ¡Y doy las gracias a quienes lo han querido y realizado!

Gracias por vuestra atención y vuestra presencia.

LAS DIÓCESIS DE MOSTAR-DUVNO Y DE TREBINJE-MRKAN

*p. Zejko Majic
Buna - Mostar*

En calidad de delegado de S.E. El obispo Ratko Peric, os traigo sus saludos, sus buenos deseos y sus oraciones para el éxito de este encuentro.

Mi deber es presentar un breve resumen histórico de la situación actual de la Iglesia en Herzegovina.

1. - Resumen histórico

A efectos del Derecho Canónico, la Iglesia en Herzegovina está dividida en dos diócesis: la diócesis de Mostar-Duvno y la de Trebinje- Mrkan. Para permitir un trabajo pastoral más eficaz, en realidad estas diócesis funcionan como un conjunto (un obispo, un presbiterio, instituciones comunes). También si la historia ha tenido aspectos negativos referentes a ambas diócesis, sus recorridos han sido diversos. Por estos motivos es necesario observarlas también por separado en el resumen histórico.

1.1. - La diócesis de Mostar-Duvno

En el territorio actual de la diócesis de Mostar-Duvno en la época del Bajo Imperio se formaron dos diócesis que tomaron el nombre de sus sedes: Delminium, Norona y Sarsenterum.

Me pararé brevemente sobre todo por su denominación en Delminium, o sea en la diócesis de Duvno. Pero no debemos olvidar el importante papel de los obispos de Makarska que ejercieron su poder en el territorio actual de la diócesis de Mostar-Duvno pero también en uno más amplio. En la Baja Edad Media y durante el gobierno otomano, fueron precisamente los obispos de Makarska que hicieron mucho por Herzegovina. Notables fueron sobre todo los dos obispos Kacic, los franciscanos Bartul y Petar/Pedro y finalmente sus sucesores franciscanos Marijan Lisnjic y el siervo de Dios Nikola Bjankovic.

La diócesis de Delminium en el territorio de Duvno fue mencionado solo en el 591 en una carta del papa Gregorio el Grande, dirigida a Malchus, obis-

po de ese municipio. Efectivamente allí fue derramada la sangre del obispo misionero mártir San Venancio en la segunda mitad del siglo III, pero los escritos de antes del año 591 no la nombran.

Aquella vieja diócesis de Delminium desapareció en torno a los inicios del siglo VII. En los primeros decenios del siglo XIV fue reconstruida por los papas de Avignon como defensa contra la Iglesia patarina difundida en Bosnia entera y que amenazaba el territorio de Croacia. Madija fue el primer obispo de la reconstruida diócesis desde 1337 a 1345. Aunque la sucesión de los obispos siguió hasta el siglo XVI, es difícil creer que en su mayor parte no pusiera nunca los pies en la diócesis y mucho menos que haya residido. Su último obispo fue el franciscano Mihael Jann de Praga. Este intentó residir en la diócesis, pero no lo consiguió porque la diócesis estaba devastada y casi sin habitantes y finalmente la dejó.

Fue en el periodo de la sanguinaria y larga guerra de Candia (1645-1669), que fue destructora sobre todo para los países cercanos a la frontera turco-veneciana.

Una nueva página para la diócesis fue confirmada por la separación política entre Erzegovina y la Bosnia otomana en el siglo XIX. En el 1844 los franciscanos de origen erzegovino se retiraron de Bosnia y construyeron el primer convento en Siroki Brijeg (1846) como sede de la misión independiente transformada en custodia en 1852 y luego en provincia en 1892. Paralelamente se fundó un vicariado apostólico de Erzegovina (1846) dirigido por el franciscano Rafo Basiric (1852), considerado el fundador del vicariado apostólico en Erzegovina y más tarde de la diócesis.

Durante la reconstrucción de la jerarquía en Bosnia-Erzegovina, sucedió que también la condición misionera de Erzegovina se transformó en condición canónica regular (Bula del Papa León XIII *Ex hac augusta* del 5 de julio de 1881). Además del arzobispado y la provincia metropolitana de Sarajevo, se fundaron las diócesis de Banja Luka y Mostar (diócesis de Mostar-Duvno).

El franciscano pascal Buconjic, hasta entonces vicario apostólico, fue nombrado obispo de la diócesis recientemente constituida. Desde entonces se sucedieron cinco obispos a sentarse en la silla episcopal de Mostar (dos franciscanos: paskal Buconjic y Alojzije Misic, luego tres diocesanos: Petar Cule, Pavao Zanic y Ratko Peric). El número de sacerdotes diocesanos se ha incrementado y ejercen la actividad pastoral en esta vieja diócesis junto a los sacerdotes franciscanos.

1.2. - Diócesis de Trebinje

La diócesis de Trebinje tomó el nombre de la sede episcopal de Tribunalium (Trebinje) que fue también cabecera de la provincia de Trebinje. A la diócesis se la menciona por primera vez en la Bula del papa Benedicto VIII (1012-1024)

emitida el 27 de septiembre de 1022. En el transcurso de su larga existencia, la diócesis se enfrenta a diversas y graves dificultades. A veces parecía que las dificultades habían desaparecido. Las diferentes circunstancias políticas y sociales fueron la causa.

El momento decisivo en la vida de la diócesis de Trebinje fue cuando la sede Tribunia-Trabunja y luego la de Trebinje cayeron bajo el reinado de Raska. Uros I (1242-1276) entre le 1252 y 1254 expulsó al obispo de Trebinje Slavija. Aunque se trataba del soberano de religión ortodoxa, la expulsión tuvo también razones políticas. O sea, aunque la diócesis estaba vinculada a Dubrovnik, uros quiso librarse de la influencia política de Dubrovnik. El obispo Slavija se trasladó a Dubrovnik mientras la oficina del obispo quedó vacante. El papa Martín IV (1285-1285) con la Bula *Ad audientiam nostram* y luego su sucesor el Papa Honorio IV (1285-1287) con la Bula *Lecta coram nobis* dieron el poder y la orden al arzobispo Dubrovnik para nombrar y consagrar al obispo de Trebinje hasta el 18 de julio de 1432. Después de haber donado la isleta Molunat, el senado de Dubrovnik tomó este encargo hasta la caída de la República Ragusea en 1808. Antes, en 1361, la República Ragusea dio al obispo de Trebinje, residente en Dubrovnik, la isleta Mrkan como futura residencia en las cercanías de Dubrovnik, de esta manera el obispo adquirió otro título: obispo de Mrkan. La condición, ya de por sí muy difícil, se agravó todavía más cuando toda Herzegovina, incluso la diócesis de Trebinje, cayó bajo el gobierno otomano en 1482. En ese tiempo los escasos fieles quedaron privados no solo de obispo sino también de sacerdote. Esto duró mucho tiempo.

En el 1622 la Santa Sede funda la Congregación para la Propagación de la Fe (*de propaganda Fide*). Bajo el gobierno de esta Congregación apenas constituida se encontró también la diócesis de Trebinje que la Santa Sede proclamó “in partibus infidelium”. La atención de la Propagación para la instrucción de los sacerdotes y la apertura de los institutos (Loret, Fermo) aportó un poco de luz en la existencia de la diócesis. En ella hubo sacerdotes misioneros además de obispos residentes siempre en Dubrovnik, pero esta vez por orden de la Propagación visitaron más frecuentemente su diócesis.

A la muerte del obispo Nikola Ferić en 1819 se interrumpe la sucesión de los obispos de la diócesis de Trebinje. Desde 1839 la diócesis fue regida por los vicarios nombrados por el capítulo de Dubrovnik. En 1839 el Papa Gregorio XVI en Bula *Apostolici nostri munera* confió el gobierno de la diócesis al obispo de Dubrovnik, que a su vez la dirigió como Administrador Apostólico.

Cuando el Papa León XIII hubo introducido la jerarquía canónica regular en Bosnia-Erzegovina, la diócesis de Trebinje se integró en esta nueva provincia eclesiástica regida por el obispo de Dubrovnik en calidad de Administrador Apostólico para que no se dispusiera nada diferente.

El 8 de julio de 1890 el mismo Papa confió la administración de la diócesis al obispo de Mostar.

2. - Las diócesis de hoy

2.1. - La diócesis de Mostar-Duvno

Hoy la diócesis de Mostar-Duvno tiene unos 200.000 habitantes.

A efectos del Derecho Canónico está dividida en 7 decanatos y 66 parroquias. Los sacerdotes diocesanos y los religiosos franciscanos desarrollan actividades pastorales. A causa de tantas herencias históricas pero también por la falta de preparación para aceptar las disposiciones canónicas, desde hace más de 100 años en esta diócesis está sucediendo un caso triste, conocido como “caso erzegobés”, que obstaculiza el verdadero impulso y la actividad pastoral en el territorio de la diócesis. Ésta no tiene siquiera seminario, ni menor ni mayor. Aunque su actividad la desarrolla el Instituto de Estudios Teológicos para instruir a los fieles laicos; casi 100 catequistas diplomados han recibido la instrucción teológica para poder trabajar para el bien de la Iglesia en Bosnia-Erzegovina como profesores de la religión católica, asistentes pastorales o para desarrollar otros cometidos en la Iglesia o en la sociedad. La sede de la diócesis está en Mostar.

La misma ciudad de Mostar es sede de dos administraciones provinciales religiosas: Provincia franciscana OFM y provincia de las monjas franciscanas. En la diócesis, además de las Hnas. Franciscanas que son las más numerosas, desarrollan su actividad otras cinco comunidades religiosas: las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul que actúan en los hospitales y otras unidades sanitarias; las Hijas de la Caridad que dirigen la escuela infantil “San José” de Mostar; las Hermanas Siervas del Niño Jesús – SMI que dirigen el centro de los discapacitados “Sagrada Familia” de Mostar; las Carmelitas que solo tienen casa en la parroquia de Gabela Polje y desarrollan la actividad pastoral y dirigen la escuela infantil; las hermanas de la Preciosísima Sangre de Jesús que actúan en la parroquia Prisoje. Aparte de los religiosos de la provincia franciscana no hay otras comunidades religiosas masculinas.

2.2. - La diócesis de Trebinje-Mrkan

Hoy la diócesis de Trebinje-Mrkan tiene cerca de 20.000 fieles. Está dividida en dos decanatos y 15 parroquias. Solo los sacerdotes diocesanos ejercen la actividad pastoral. No hay ni seminario ni ninguna comunidad religiosa. Las

religiosas actúan solamente en dos parroquias, las monjas de la Caridad en Stolac y las Siervas del Niño Jesús en Neum y que dirigen también la escuela infantil en el ámbito de su convento. La diócesis está regida por el obispo de Mostar en calidad de Administrador Apostólico.

3. - Las destrucciones de la guerra

La última guerra ha golpeado materialmente también a la Iglesia en Herzegovina. En ambas diócesis han sido dañados completa o parcialmente un total de 106 edificios sacros. Una parroquia de la diócesis de Trebinje-Mrkan ha desaparecido completamente, la otra está completamente sin habitantes, la tercera es inaccesible mientras las tres parroquias están parcialmente ocupadas. En el territorio de la diócesis de Mostar-Duvno, 9 parroquias están completa o parcialmente destruidas, mientras 10.000 fieles han sido expulsados. En la noche del 6 al 7 de mayo de 1992 ha sido atacado e incendiado “el corazón de la diócesis” o sea la residencia episcopal de Mostar donde, además de los objetos preciosos ha sido quemada la rica biblioteca con casi 50.000 libros. En este tiempo de “paz” la Iglesia intenta sanar lo más posible las destrucciones de la guerra y reemprender la actividad pastoral normal en las parroquias y lugares golpeados por la guerra.

4. - Papel y lugar del fiel laico en la Iglesia en Herzegovina

La historia ha sido desfavorable para la Iglesia en Herzegovina no permitiendo desarrollar con intensidad el compromiso laical en nuestra Iglesia. Pero sería injusto no recordar a tantos testigos de la fe durante los diversos períodos de ocupación, de las expulsiones y de la dictadura. Creo que la obligación de esta Iglesia local es rescatar del olvido a todos los mártires, maridos y mujeres, colocados como los faros de gran intensidad dirigidos a las generaciones presentes y a las futuras.

Solo después de la introducción de la jerarquía canónica regular empieza el compromiso más intenso de los fieles laicos en la vida de la Iglesia. La constitución de tantas cofradías en la comunidad parroquial lo confirma. De todas formas el compromiso ha sido de breve duración y de débil impulso. El siglo XX lleno de guerras (tres grandes guerras) y sobre todo el régimen comunista en el poder en Yugoslavia recientemente reducida a pedazos, han sofocado cualquier compromiso religioso en la iglesia y en la sociedad. Son numerosos

los patíbulos donde se ha puesto fin a la vida de muchos testigos de la fe solo porque amaban a Dios, a la Iglesia, a su pueblo croato y al hombre. Las órdenes terceras de las comunidades religiosas, llamadas laicas, han sobrevivido a la dictadura comunista. De todas formas, su actividad de contenido espiritual se ha desarrollado rigurosamente dentro de la Iglesia.

En los últimos tiempos, después de “los cambios democráticos” aparecen los signos y la necesidad del compromiso más intenso en los fieles laicos. En muchas parroquias del Colegio pastoral, pero también fuera de ellas, surgen algunos grupos comprometidos y asociaciones de fieles tanto jóvenes como adultos que tienen voluntad y fuerza para participar de manera más comprometida en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Pero esta actividad no ha tomado fuerza todavía. A nivel de la Iglesia local no tenemos aún ni asociación ni movimiento de laicos organizados y aceptados por la Iglesia.

Esperemos que este encuentro internacional sea una ocasión propicia para promover buenas iniciativas.

LOS PROBLEMAS QUE NOS UNEN

El testimonio de l'Este

Alexandru Cistelean
Europa de l'Este, Rumania

1. - La fe
2. - La cultura
3. - La historia
4. - La esperanza

1. - La fede

La paradoja de todos los problemas que nos unen es son los mismos que nos separan. Cada uno de ellos es ambivalente, tiene su lado constructivo y su lado disonante, si no destructivo.

Nos une la fe, por ejemplo, pero nos separa la confesión, o sea su interpretación. Tenemos las mismas raíces, pero hemos crecido diversamente.

Esta diferencia, por otra parte tiene su lado positivo y su lado y su lado negativo. Por una parte contribuye a la riqueza espiritual de Europa; por otra, puede contribuir y a menudo lo hace, a la tensión.

Como se ve, Dios nos ha dejado espacio para nuestro libre albedrío, para nuestra libertad de opción y de acción también en este campo. La conflictividad espiritual no es una novedad para Europa, pero de cualquier modo se ha llegado al diálogo y a la convivencia.

No faltan el diálogo, la colaboración, o quizá la tolerancia hacia otras confesiones ni siquiera en el Este.

Pero tampoco faltan las tensiones, la desconfianza, los contrastes. El paisaje eclesial/religioso en el Este es mucho más variopinto que en el Oeste. Casi no hay ningún país que sea, desde este punto de vista, multicolor.

Por todas partes hay una religión dominante, frecuentemente superdominante, pero hay también minorías. Minorías religiosas que pueden ser, al mismo

tiempo, minorías étnicas. Y en este caso sucede con frecuencia que sean percibidas como “extranjeros”, con alguna oleada de resentimiento y con cierta, continua, aunque sí dominada – xenofobia. Más grave se presenta el caso cuando se trata de las minorías religiosas que pertenecen, étnicamente, a la misma nación. Aquí nos acusan de traición, de fragmentación de la unidad nacional. El concepto de monoconfesionalismo rige todavía en nuestros países, aunque si la retórica se ha actualizado a las exigencias del ecumenismo.

Puede parecer extraño solamente que el argumento a favor del monolitismo confesional nos venga del Oeste, donde, en efecto, hay naciones compactas, confesionalmente hablando.. La nación = la religión es un concepto todavía vivo, pero que no coincide con la realidad. Tanto es así que en algunos países del Este, por ejemplo, la Iglesia católica bizantina ha contribuido en grado significativo al surgir y resurgir de las respectivas naciones, y en este caso las acusaciones de “traición” son percibidas dramáticamente por su injusticia. El fenómeno de la culpabilización continua se añade al hecho que, en el postcomunismo las iglesias bizantinas siguen teniendo dificultades al recuperar su patrimonio. Era verdaderamente bello el cuadro del centro de las ciudades de Transilvania, por ejemplo, entre las dos guerras: una catedral ortodoxa en un lado de la plaza, una catedral católica (latina) al otro lado, una catedral greco-católica en otro y una catedral reformada que cerraba el cuadrilátero. Ahora este cuadro raramente es tan colorido. Dios es uno, como saben todos los creyentes, las iglesias, muchas. Estas últimas deben ser las vías que nos lleven al mismo puerto. Tal como hemos llegado nosotros aquí a Sarajevo. Es cierto que si alguien nos dijera que hemos emprendido el camino equivocado nos tendrá que demostrar que, en efecto, no hemos llegado a Sarajevo.

Nos une y nos separa al mismo tiempo no solo nuestra pertenencia a una identidad confesional, sino también nuestro modo de vivir concretamente y cotidianamente la fe. Un buen amigo mío iba con frecuencia a un bar que tenía cerca: para tomar un café, una cerveza cigarrillos. Y regularmente era estafado de algún céntimo. Siguió yendo al fin, por curiosidad, por ver hasta qué punto esta costumbre podía continuar. Además se habían hecho casi amigos, él y la señora, se conocían desde hacía tiempo. Pero un día halló a la señora de ese bar en la iglesia y se quedó sorprendido de su fervor, de su devoción, de cómo rezaba ante todos los iconos. Y supuso que se había equivocado completamente, que había sucedido algo, que la mujer se había “convertido”. Y se fue al bar con toda confianza. Pero aquí no había cambiado nada: la actitud de la señora era la misma, le estafaba con la misma desenvoltura. Y en efecto la iglesia se hallaba en la otra parte de la calle. No en la vida diaria de la señora, que se desenvolvía en la otra. Y es precisamente esta esquizofrenia de la vida religiosa que caracteriza también

la vida social, donde la corrupción está presente. Dios efectivamente está encerrado en sus iglesias y sus mandamientos casi no inciden en la vida. Es un Dios festivo, que está bien en la televisión en compañía de los políticos. Y las separaciones confesionales vuelven a unirse en la esperanza que Dios vuelva a lo cotidiano.

2. - La cultura

A la cultura rumana se la define como un puente entre Oriente y Occidente. Probablemente sucede y es válido también para otras culturas del Este, aunque en grado distinto. Pero es un hecho que Rumania se ha modernizado política, social y culturalmente bajo el influjo de Occidente.

Desde el siglo XVIII se desarrolla desde este proyecto occidentalizante. Todos los movimientos políticos han tenido un eco significativo en la cultura rumana. Y han sido frecuentemente determinantes. La historia de Rumania casi se ha sintonizado con la de Europa. Pero no en menor medida se nota todavía hoy la influencia oriental. De esta mezcla Rumania elabora su diferencia. Dirige hacia Oriente, como diferencial de identidad, lo que ha tomado de Occidente y hacia Occidente lo que ha tomado de Oriente. Es una dialéctica de identidad normal y al mismo tiempo dinámica. Los rumanos se definen europeos, pero las diferencias se notan a veces fuertemente: en las costumbres, en la mentalidad, en las actitudes.

A principios del siglo pasado, Raymond Poincaré, futuro presidente de Francia, entonces simple abogado llegado a Bucarest para un proceso, detectó rápidamente estas diferencias y nos dejó como herencia un dicho célebre, que aún ahora las define perfectamente: “nous sommes ici aux portes de l’Orient, ou tout est prise à la légère”. Con ligereza, con facilidad se tratan también hoy los asuntos más graves. Está bien quizá por un lado, porque revela el sentido del humor, pero por el otro, ciertamente es negativo por el sentido real del compromiso. Frecuentemente, a causa de esta ligereza, hay un divorcio entre las palabras y los hechos, entre discursos y actividades. Entusiasmo en las palabras y escepticismo en los hechos, donde también se siente una divergencia notable. El problema es saber si Dios está de parte de las palabras o de los hechos. No hay diferencia, me diría cualquiera. Para él. Pero la historia que os he contado nos indica que Él está más bien de la primera parte.

La cultura es historia y proyecto. Una no es más importante y determinante que el otro. El proyecto cultural del Este es también ambivalente: la recupera-

ción de la identidad, de las raíces y de las diferencias, de una parte y sintonizarse con Occidente de la otra. Son como dos vasos comunicantes. Solo que hoy, con la globalización, que es también cultural, la primera tendencia se hace cada vez más dramática. Existe un extracto de la cultura que sigue el movimiento de uniformación, de monotonía (la cultura media, la cultura del consumismo, etc.) y hay otros extractos que miran a la diferencia: por una parte la cultura “turística” que quiere valorizar las tradiciones del lugar, y por otra la cultura “de élite” que mira siempre hacia la originalidad.

Pero también en esto es más lo que nos une que lo que nos separa, que nos diferencia: no tanto la única cultura media es lo que nos unifica, cuanto la curiosidad por las diferencias, el valor de las diferencias.

3. - La historia

La historia. Para los países del Este la historia es como un péndulo. Un movimiento nos une a la historia de Europa, otro nos separa. El penúltimo movimiento que ha habido para nosotros, el comunismo, nos ha separado de Europa. El último nos lleva, esperamos todos, a Europa. Entonces la historia de Europa será una sola historia, una única historia. Pero en el Este la historia reciente ha dejado traumas graves. Son divergencias de tipo político, económico, de mentalidad que deben ser subsanadas rápidamente. Mi pueblo fue adoptado, durante el comunismo, por un pueblo belga, en el marco de la Operación Pueblos Rumanos, cuando se difundió la noticia que Ceausescu quería destruir los pequeños poblados. Los belgas llegaron con ayuda humanitaria apenas supieron la caída del régimen. Era invierno, Rumania no tenía las carreteras en condiciones y mi pueblo no las tiene ni aún ahora. Es difícil llegar aún en verano y conociendo bien el camino. Pero los decididos belgas llegaron de todos modos. Llevaron para dar a conocer su pueblo a mis conciudadanos, un álbum de fotos, una brevísima historia en imágenes. He visto ese álbum en el que había fotos de entre las dos guerras. No había diferencia, entonces, entre su pueblo y el mío. Eran los mismos vestidos (de fiesta, porque eran “fotos de domingo”), las mismas botas para los hombres, la misma camisa blanca, el mismo abrigo negro y el mismo sombrero de paja. Tampoco las mujeres vestían muy diferente, quizá con otros colores. La factoría era casi idéntica: en un lado la casa, en el lado opuesto las cuadras. En el mismo lugar estaban las gallinas. Y también el estercolero. Las calles eran como las nuestras, impracticables, dependían del cielo. Se puede decir que entonces era una única Europa. Pero ahora son drásticamente dos: mi pueblo está casi igual, el

belga lo conocéis todos porque son así por toda Europa. En Rumania se puede tomar como lugar de vacaciones. Si hay un alvear es solo por decoro, es un símbolo para el recuerdo. Pero no hay mal sin bien. Si alguien quiere redescubrir la vida campesina en su autenticidad y antigüedad debe venir a mi pueblo, no al belga. Si quiere retroceder en la historia, porque la historia como diferencia se ve concretamente allí.

4. - La esperanza

Es quizá la única que no es doble.

Pero en el Este la esperanza se vive antes que nada como esperanza económica. Para una esperanza así es necesario esperar, hace falta paciencia. Pero ¿qué paciencia para estos hombres que han vivido una vida entera en la pobreza? Tienen derecho a la prisa porque tienen que recuperar una vida de frustraciones. Algunos se pueden enriquecer aún allí, pero no todos. Y entonces no nos queda más que la rica Europa, de donde tomar el dinero, con el trabajo o con otros medios, no solamente lícitos. Es justo que en este caso nuestra esperanza encuentre la precaución del Oeste. Y también la esperanza, en este sentido, se revela problemática. El 60% de los jóvenes rumanos quieren irse, quizá por un período de tiempo. Lo que significa que la esperanza está en otro lugar y no tanto en casa. Es el rostro duro de la esperanza: la desesperación.

Por eso el proyecto de Europa excita tanto: porque es el fantasma de la riqueza. Y - también esto es verdad - al mismo tiempo es una esperanza de justicia, de reglas. La corrupción, en efecto, será eliminada solo cuando serán impuestas las reglas. Y nuestra experiencia nos dice que esto no sucederá hasta que las reglas no estén hechas y aplicadas por los nuestros - por nosotros.

Pero ¿no es esta esperanza una verdadera, insoluble desesperación?

LOS PROBLEMAS QUE NOS UNEN

El testimonio de l'Oeste

Ilaria Vellani
Europa de l'Oeste, Italia

He pensado titular mi intervención “Retos y signos de esperanza para la Iglesia en Europa” como el Papa lo hace en el primer párrafo del primer capítulo de la exhortación post-sinodal *Ecclesia in Europa*.

Leyendo la relación de los “problemas que nos unen” me he preguntado cual podía ser mi aportación, yo que no soy experta en ninguno de estos argumentos, de la globalización al proceso de integración europea, de la emigración al ecumenismo. Luego he comprendido que quizá mi aportación puede ser la de una joven, mujer, cristiana, católica, crecida en el oeste de Europa en una Iglesia - la italiana, que ha vivido con intensidad el Concilio Vaticano II, y que - si bien con esfuerzo - continúa a acogerlo por su profeticidad en estos cuarenta años y se ha dejado transformar: mi mirada es, por tanto, la de quien simplemente vive en este tiempo y en él se interroga, se preocupa, pero también sueña.

A través del relato del *Apocalipsis* de Juan, la exhortación post-sinodal publicada en junio se esfuerza en identificar los signos de los tiempos y de leer esta nuestra historia; con valentía orienta a continuación, toda la reflexión a través de la actitud de la esperanza.

Por esto la esperanza se convierte hoy también para nosotros en la clave obligada con que observar este tiempo. Como cristianos de Europa, en orden a la esperanza, tenemos un suplemento de responsabilidad. El mismo cardenal Kasper en un congreso reciente celebrado en Camaldoli en julio de 2002, terminaba su intervención haciendo una llamada a esta responsabilidad a los cristianos de Europa: “Hoy la esperanza es una mercancía rara. Sufrimos una terrible falta de ideas que nos entusiasmen. El anuncio de la esperanza que surge de la fe es la aportación más importante que la Iglesia puede ofrecer al futuro de Europa. Sin esperanza no se puede vivir: ningún individuo, ningún pueblo y ni siquiera Europa. Este es el reto y la misión de los cristianos hoy”.

Asumir esta mirada de esperanza significa pues, antes que nada, conseguir transformar estos “problemas que nos unen” en “retos”, ámbitos en los que se juega nuestra responsabilidad. Si sabemos vivirlos con esperanza nuestro tiempo será, verdaderamente un tiempo creativo, fecundo, un tiempo en el que instaurar dinámicas positivas, virtudes evangélicas en la sociedad; entonces será verdaderamente un tiempo en el que Europa podrá hacerse profética y ponerse así al servicio del entero mundo del hombre.

De problemas a retos: este es el primer paso que creo necesario cumplir para compartir con todos los hombres y mujeres este tiempo.

Por eso ahora quiero intentar trazar algunos recorridos de esperanza que enlazan con los “retos que nos unen”. Estos retos no interrogan solamente a la comunidad eclesial, laicos, sacerdotes, sino que nos afectan como ciudadanos, como hombres y mujeres: solo en la medida en que sabremos afrontarlos, no como “cosas de Iglesia” sino tendiendo puentes entre la sociedad civil, la comunidad eclesial y sencillamente las personas que nos rodean, habremos dado respuesta no solo a las emergencias y exigencias de este tiempo, sino que habremos puesto también cimientos sólidos para el futuro.

La globalización

Uno de los primeros retos descubiertos es el de la globalización. No quiero ofrecer una definición de globalización porque es una cuestión bastante amplia y debatida y todavía sin resolver. Seguramente la globalización es un proceso en el que de hecho estamos inmersos, que afecta a diversos ámbitos de relación: desde la política a la economía y a la cultura. No es solo un proceso que crea interdependencias, sino que nos obliga a abrir nuestra mirada. El presidente de la Comisión Europea Romano Prodi escribe: “La globalización, la creciente interdependencia entre los estados y los pueblos del planeta obligan a Europa a redefinirse a sí misma y su papel en el nuevo contexto mundial. Los intercambios son cada vez más globales. De hecho cada vez dependemos más de los acontecimientos y avances que suceden en otros lugares del mundo”. Entonces si la globalización es un hecho, es necesario entender como nos situamos. El recorrido de esperanza es ofrecido por el discurso del Papa con ocasión de la Jornada Mundial de la Paz de 1998. De la justicia de cada uno brota la paz para todos: la globalización de la solidaridad. Ésta puede ser un terreno de alianza, un espacio de gracia donde construir paz y justicia para todos los pueblos, interpela la política y las opciones que conlleva. Es preciso resistir a la tentación de reducir la glo-

balización de la solidaridad a mero asistencialismo o a gesto de limosna. Debe ser más bien un compromiso para difundir dinámicas de humanización de las personas, de la sociedad y de la historia; significa emprender vías de dignidad. Comprometerse como comunidad eclesial y civil para una globalización de la solidaridad; significa hacerse partícipes y constructores de la civilización de la verdad y de la paz invocada por Pablo VI, como anticipación del Reino.

Los instrumentos a nuestra disposición son múltiples: en primer lugar Europa (de la que hablaremos en breve), pero también la ONU, con la que hay que comprometerse, quizá mucho más de lo que se ha hecho en estos años, para que sea reformada y pueda actuar de conformidad a la belleza del proyecto que representa. Pero no solo con ocasión de la guerra de Iraq hemos asistido a un fenómeno inédito: la movilización de la opinión pública europea en oposición a las decisiones de sus gobiernos. Esto es un signo que hay que leer con atención: ha manifestado una convergencia transversal en los temas de la paz que hace mirar con esperanza el clima cultural que se respira en Europa.

Europa como posibilidad

En esta perspectiva se inserta la reflexión sobre Europa. Es una posibilidad verdaderamente grande que se nos ha dado ahora para estrechar alianzas solidarias, por ejemplo entre el este y el oeste de Europa, alianzas que se pueden revelar proféticas con respecto al grito de desesperación que viene del sur del mundo. Es un proyecto que, como dice el Papa en *Ecclesia in Europa*: “debe hacerse parte activa y realizar una globalización en la solidaridad”. A esta última, como condición, ha de acompañar una especie de globalización de la solidaridad y de los valores de equidad, justicia y libertad. Europa con todos sus habitantes, debe comprometerse incansablemente por construir la paz dentro de sus fronteras y en el mundo entero. Es, el de Europa, un tiempo oportuno que se nos ofrece y que debemos saber aprovechar.

Europa es un tiempo y un lugar de encuentro entre las diferentes culturas.

Europa es un tiempo y un lugar de diálogo entre las diferentes religiones.

Europa es un tiempo y un lugar de reconciliación entre las diferentes confesiones cristianas.

Y como cristianos debemos vivir fuertemente nuestra responsabilidad con respecto a este tiempo. Una responsabilidad que pide ser consumida en las competencias de que disponemos. Escribe el Papa en *Ecclesia in Europa* que:

“es necesaria una presencia de cristianos, adecuadamente formados y preparados, en las diferentes instancias e instituciones europeas, para conseguir, en el respeto de los correctos dinamisismos democráticos y tras el contraste de las propuestas, marcar una convivencia europea cada vez más respetuosa de cada hombre y de cada mujer y, por eso, conforme al bien común”. En esta perspectiva se debe colocar también una reflexión no solo como Iglesia sino como asociación, sobre los que pueden estar los ámbitos en los que emplear esta responsabilidad, como proyectos, iniciativas, encuentros de formación y de participación en este momento importante de construcción del futuro.

La inmigración

La inmigración es uno de los retos que vemos más fácilmente como problema, sobre todo en el oeste. Hay una cultura que no está educada aún en las leyes en esta materia para ver en el inmigrante una persona a acoger; al contrario, con frecuencia es considerado simplemente como una persona que “sirve”. La perspectiva que a menudo acompaña al fenómeno de la inmigración es meramente utilitarista; se acogen aquellos inmigrantes adecuados a nuestra economía: el inmigrado es aceptado en la medida en que representa fuerza de trabajo. Esta mentalidad es demencial.

Frente a esto un cristiano se debe escandalizar, en nombre de las páginas del *Evangelio de Mateo* donde Jesús nos recuerda que en el juicio final el que habrá acogido al extranjero a Él lo habrá acogido: cómo olvidar, además, las bellísimas palabras de la *Carta a los Hebreos* donde dice: “no olvidéis la hospitalidad; algunos practicándola han acogido ángeles sin saberlo”. La acogida a los extranjeros, que no debe reducirse al asistencialismo, pone en relación a los cristianos con los misterios del Reino, con la revelación de Dios en la historia.

Acogida, hospitalidad, atención pastoral para los inmigrantes cristianos, diálogo con otras religiones: estos son algunos recorridos de esperanza donde invertir nuestra responsabilidad, y donde implicarse para construir fraternidad. El lema del encuentro de esta mañana es “Los problemas que nos unen”. El riesgo es el de pararnos solo en la primera palabra “los problemas” o los retos como he intentado hacer y olvidar el resto de la frase: “nos unen”. La lectura lúcida, en lo que sea posible, de la realidad o nos ayuda a construir comunión y fraternidad o permanecerá como algo estéril y entonces recordemos también para el debate que la perspectiva con la que afrontar estos retos es la de quien quiere estar en este tiempo junto con otros.

La nueva evangelización

En los últimos años está madurando la certeza que Europa es tierra de misión. Lo es por la alta tasa de inmigración del que es punto de llegada, pero lo es sobre todo por el creciente alejamiento del cristianismo, debido especialmente al avance de la secularización. La situación es compleja: por un lado Europa pide un primer anuncio, por otro necesita también un nuevo anuncio, una nueva evangelización, o sea, una nueva calidad en la evangelización que sepa entrar en diálogo profundo con la cultura de hoy. La nueva evangelización: un problema de “calidad” del anuncio, que esté en grado de proponer la Buena Noticia en términos convincentes para el hombre de hoy.

No puede ser solo un problema de la Iglesia católica, sino que debe ser obligatoriamente una preocupación de todas las iglesias cristianas: es recorrido de esperanza porque confía una tarea importantísima al camino ecuménico, del que se podrá disfrutar los frutos.

La *Charta Oecuménica* publicada hace solo dos años, que ha señalado un pasaje importante de la reflexión ecuménica, no ha hallado en estos años una difusión capaz de aferrar la profeticidad, en orden al anuncio, de la unidad de las iglesias. Este es un ámbito en el que se nos pide implicación, más como asociación, donde estamos llamados a crear conciencia y a formar a las jóvenes generaciones.

Europa podrá, en esto, ser verdaderamente profética para el mundo entero y abrir vías inéditas de anuncio. Escribe el cardenal Carlo María Martini: “Nuestra situación en Europa es aún de vanguardia: mostrar que es posible vivir en una sociedad altamente tecnológica y socialmente secularizada, no solo sin abjurar de la fe cristiana, sino experimentando la significatividad por la situación contemporánea”. Será la demostración práctica de la posibilidad de buscar a Dios aún en una sociedad secularizada, la nueva aportación que estamos llamados a ofrecer a las nuevas iglesias que tendrán que afrontar, dentro de quince o veinte años el mismo problema.

La perspectiva ecuménica es la única que puede acudir en ayuda a esta exigencia de nueva evangelización. Al mismo tiempo la nueva evangelización puede convertirse en un ámbito significativo para un nuevo dinamismo del camino ecuménico, un camino de ayuda mutua entre los creyentes en Cristo para vivir la fe hoy.

Estos son algunos recorridos de esperanza que pueden partir de los retos a los que la historia nos llama. Pienso que el reto verdadero sea esencialmente

cultural. Como Iglesia se trata de poner la semilla de una cultura que ponga en el centro la dignidad de la persona, que lo reconcilie con la creación y con las demás personas. Afirmar la importancia de las raíces cristianas de Europa es importantísimo, y hoy para nosotros este ser enraizados significa asumir plenamente la cuestión de qué conversiones realizar, qué horizontes compartir con todos los hombres y mujeres.

En Toronto el Papa ha confiado a los jóvenes el deber de la construcción de la civilización de la paz y del amor. Construir una civilización significa construir una cultura compartida, valores, instituciones, normas, significados. Pero todo esto no puede venir por la violencia - quizá solo una violencia cultural - porque nos llevaría a la ideología: debe ser obligatoriamente una conversión cultural construida sobre la paz, en la acogida y en el diálogo.

Esta conversión cultural es un deber como cristianos, no solo como responsabilidad hacia Europa, sino que puede ser un don a compartir con todos los hombres, puede destruir la fronteras y abrir recorridos de dignidad planetaria.

La movilización de la opinión pública europea por la guerra de Iraq es un signo muy bello. El diálogo sobre los grandes temas referentes al bien del hombre está abierto y puede ser construido en unión con todos los hombres y mujeres.

Debemos generar conciencia, obrar prácticas generadores de paz y de solidaridad; esta es hoy nuestra responsabilidad como cristianos: ser constructores de fraternidad, unidad y diálogo, incansables anunciadores de esperanza.

EL FUTURO ESTA EN NUESTRAS RAICES.

La novedad del Evangelio en la Europa del tercer milenio

p. Ghislain Lafont *osb*

“Unidad en la diversidad, Europa ofrece a los pueblos (que la componen) las mayores posibilidades de proseguir, en el respeto de los derechos individuales y en la conciencia de la responsabilidad hacia las futuras generaciones y el planeta, la gran aventura que hace de él un ámbito privilegiado de la experiencia humana”, Con este texto extraído del *Preámbulo* de la futura Constitución Europea quisiera empezar mi intervención. Esto, efectivamente coloca la unidad europea en la más amplia perspectiva de una esperanza para la historia del mundo y sus pueblos; prevé un futuro indefinido, un discurrir grandioso en el que todos los valores de los que se hablaba (SS del 2 al 4) serán posibles y adquirirán todo su sentido: derechos humanos, progreso, paz, justicia, solidaridad...El presente feliz del que se enumeran así los componentes esta inscrito en un Futuro absoluto, que no se es capaz de descubrir con mayor precisión, pero que es parte esencial del proyecto europeo. Es esta “esperanza” la que nos garantiza que “la gran aventura” puede seguir en el tiempo presente.

Quisiera empezar nuestra reflexión precisamente desde este punto. Cuando leemos el texto, efectivamente, nuestra fe cristiana nos recuerda que el primer mensaje de Jesús es: “ El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15) Aunque no todas las personas tienen el conocimiento, si para nosotros esta palabra resulta misteriosa, sabemos que “la esperanza humana” de la que habla el Preámbulo que acabamos de leer es el Reino de Dios, su acontecimiento y su cercanía. Creo que entonces en un primer momento podremos decirnos lo que significa para nosotros esta convicción de la fe y qué podemos hacer para mantenerla viva en nuestro corazón. Después deberemos pararnos en el hecho que la Europa en la que vivimos hoy pertenece a un mundo llamado “moderno”, tal vez quizá “post-moderno”. Esta es la Europa en la que debemos trabajar por el Reino: en sentido negativo, no es necesario ni huir, ni rechazar el mundo moderno si queremos hacer entrar un poco de la luz del Evangelio; en sentido positivo, debemos convencernos que es una etapa que Dios y nosotros mismos podemos

hacer beneficiosa, si nos empeñamos con discernimiento y con el deseo de que venga una humanidad verdadera a Europa. Nuestras reflexiones nos conducirán a poner a la luz algunas actitudes importantes de nuestro compromiso. Las cito ya: la reconciliación, el diálogo, las Bienaventuranzas.

1. - El Reino del futuro esta en nosotros

Esperar el Reino

La frase de san Marcos que acabo de recordar esta dirigida a nosotros los cristianos y nuestro primer deber hacia Europa es simplemente el de comprender que significa para nosotros y hacerlo referente esencial en nuestras vidas. Entonces estaremos en grado de dar testimonio. Existe efectivamente una paradoja, que está inscrita en nuestras vidas, nuestro tiempo, el tiempo del planeta pero también el de cada uno de nosotros que tiene sentido solo en relación al futuro del Reino. Por otra parte, sin embargo este futuro no se sitúa en la prolongación homogénea de este tiempo, como las estaciones que se siguen una tras la otra: es Dios mismo y solo Él establecerá el Reino definitivo en el momento que solo Él conoce. “No tenemos aquí una ciudad estable” nos recuerda la *Carta a los Hebreos* (13,14), sin embargo, conservando en el corazón la esperanza de la “patria celeste” (*Hebreos* 11,16), podremos construir aquí abajo un mundo justo. Es importante comprender hasta el fondo este mensaje y dejarlo que resuene en nuestro corazón para que nuestra actividad concreta en Europa pueda ser de verdad una etapa en la historia de la salvación iniciada con la Creación.

Meditar y vivir el Reino

Por estas razones, tres elementos propiamente espirituales deben dirigir todos nuestros esfuerzos: la celebración de la Eucaristía, la familiaridad con la Escritura y la escucha del Espíritu Santo. Ante todo es la Eucaristía que representa, aquí y ahora para nosotros la salvación de Dios que es el futuro de la historia. En ella, en efecto, hacemos memoria de la Muerte y Resurrección de Jesús y manifestamos la esperanza en su Retorno; nos ofrecemos nosotros mismos, como también la Iglesia y el Mundo, como sacrificio espiritual a Dios y, en la comunión nos hacemos todos juntos Cuerpo de Cristo. También encontramos en la Eucaristía la realización perfecta en Jesús de la Ley fundamental del Reino: dar la vida los unos por los otros, recibir la propia vida los unos de

los otros. De este modo, la esperanza del reino no es algo lejano, abstracto, desvinculado de nuestra acción social y política, se nos ha dado precisamente en la Eucaristía y nos da inteligencia y vigor. Esta cercanía de la Eucaristía y a la Eucaristía nos introduce en su segundo elemento de nuestra esperanza activa del Reino, en estos últimos años plenamente revalorizado en la Iglesia; la lectura y la meditación de la Santa Escritura que llamamos con agrado *lectio divina*. La práctica de los sacramentos queda complementada, en efecto, por la familiaridad con la Biblia, que podemos adquirir ya sea con una asidua lectura personal, ya con la participación en grupos bíblicos.

La experiencia humana nos demuestra que nos convertimos poco a poco en lo que leemos: si leo todos los días el mismo periódico acabaré por hacer mío su modo de presentar los acontecimientos, su “ideología”, su “tendencia”. Si en la literatura de mi país, vuelvo con frecuencia a un mismo autor, me comunicará su sensibilidad su modo de ver la vida sus preguntas y sus dudas, expectativas. Del mismo modo la costumbre de la lectura de la Escritura, de modo especial del Evangelio, nos lleva, sin darnos cuenta, a pensar y a sentir cristianamente, renovando nuestra mentalidad y comunicando lo que San Pablo llama la “sabiduría de Dios” (cf *1Cor 2,7*).

Por último, ni la práctica eucarística, ni la lectura de la Escritura dan fruto si no es gracias al Espíritu Santo que Jesús resucitado ha enviado a su Iglesia y misteriosamente ha infundido en el mundo. La invocación al Espíritu, en el silencio de la oración, nos abre a la Revelación íntima de Dios. El espíritu, efectivamente, escruta la profundidad de Dios y nos comunica lo que sabe, de modo que podemos tener, en cualquier circunstancia de la vida, una sensibilidad no solo humana sino también verdaderamente divina respecto al acontecimiento que sucede o a las decisiones que debemos tomar. La persona habituada a invocar al Espíritu Santo está guiada de tal modo que, cualquiera que sea la dificultad o la prueba que halla, su vida es, a fin de cuentas, una aportación positiva al acontecimiento del Reino de Dios.

Participaremos por tanto de manera constructiva y original a la construcción de Europa si la consideramos como una etapa de acontecimiento del Reino. ¡Este modo de ver nos dará mucho más deseos de participar! Sabemos en efecto qué proyecto a realizar se inscribe en el plan de Dios y que podemos poner a su servicio nuestra libertad personal. Pero sabemos también que como con Jesús, partido para instaurar el Reino, ha habido incomprendiones, pruebas, fracasos, males, también para nosotros habrá luchas humanas y espirituales y momentos de “muerte”. Pero el éxito nos espera al final del camino.

La construcción europea

Esta convicción nos autoriza en efecto a considerar la construcción europea un hecho nuevo, un momento significativo en la historia del mundo. Hasta no hace mucho, muchas de las naciones que hoy definimos “europeas” intentaban garantizar un equilibrio más o menos efímero tras su propia violencia, el deseo de autonomía defendido contra la invasión de los otros y, los pueblos más fuertes, la tendencia a afirmar e imponer la propia. La idea que se pudieran unir entre ellos, y eventualmente también con otras naciones vecinas, nos les rozaba siquiera. Hoy, al contrario es una idea universalmente aceptada. El proyecto es por tanto nuevo y es realizable.

2. - Una Europa en la modernidad

El proyecto europeo es un proyecto que se suscribe en la modernidad. Es por tanto mediante la asunción equilibrada de la modernidad que se realizará. No hay que tener miedo de la modernidad, ni intentar retroceder en la historia. El único deber posible es el de discernir qué aceptar y hacer y qué hay que descartar. Semejante labor de discernimiento activo ha sido algo normal en cada momento de la historia. Ningún tiempo pasado es ideal y ningún presente catastrófico.

Ahora quisiera hacer algunas llamadas, al mismo tiempo históricas y teóricas en vistas al discernimiento que estamos llamados a hacer.

La culpa y el perdón

Observamos antes que nada que hay algo en el hombre, en nosotros como en los otros, que no se interesa, no es capaz de interesarse por la vida de aquí abajo. Un historiador de las civilizaciones decía: “el hombre es un animal con la conciencia sucia, inclinado al arrepentimiento y al autocastigo”. Un hombre que no está espontáneamente a gusto ni con los otros ni consigo mismo, ni con la divinidad cualquiera que sea el nombre que se le atribuye. En la historia de los pueblos y de las religiones vemos que tal insatisfacción provoca comportamientos al mismo tiempo rituales y morales, fijados por las tradiciones y a los cuales se esfuerza por ser fiel para no incurrir en la cólera de los dioses (y caer en la desgracia presente) y no comprometer su vida después de la muerte. No se osa tomar iniciativas en la vida social, técnica, personal por temor a que quizá no gusten a los hados o los dioses y pongan en peligro la salvación. La

política y la economía se distinguen difícilmente de la religión y el sacerdote, el jefe político, el trabajador, el empresario, están a menudo en conflicto entre ellos en una sociedad donde existen muchos temores.

Durante mucho tiempo, al menos en Occidente y por la mayor parte de la gente, la Revelación Cristiana ha sido interpretada casi exclusivamente en una perspectiva de pecado y perdón, muy parecida a la mentalidad “religiosa” que acabo de recordar.

Respecto a esta, existe un progreso real aunque nunca se esta suficientemente alejados. Será bueno subrayar que, gracias a Jesucristo Dios asegura el perdón para el hombre, le ofrece la posibilidad de la penitencia y le indica los mandamientos por los que podrá conducir una buena vida y ser así salvado. Los sacramentos son el signo de este perdón de los pecadores y la manifestación anticipada del Reino eterno. La Iglesia y en concreto los sacerdotes, son muy importantes porque son ellos que transmiten la enseñanza y los sacramentos. La cuestión de la salvación eterna es predominante y la esperanza está presente por la Redención. Desde esta perspectiva todavía, no se es dado a atribuir mucha importancia a la vida terrena en su realidad humana y en su progreso. Por otra parte, en la mayoría de los casos, el hombre se muestra incapaz de dar forma adecuada a esta vida; como mucho llega a gestionar la violencia. También en este caso la Iglesia intenta intervenir, cuando hay conflictos militares y políticos, para reconciliar a las partes - y eso le confiere una autoridad indirecta en todo lo humano en cuanto que el pecado parece estar omnipresente.

Llegada a la modernidad

La modernidad ha intervenido en el momento en que lo humano en cuanto tal ha empezado a animar a los hombres a prescindir de la problemática inmediata de la salvación. Se puede afirmar que una nueva era de la historia universal ha empezado con la modificación de la imagen del cielo, propuesta por Copérnico y la de la tierra, debida a los Grandes Descubrimientos (finales del siglo XV y principios del XVI). Tomando una cierta distancia con respecto al panorama general del pecado y del perdón, el hombre ha descubierto su propia capacidad de conocer el espacio y el tiempo (ciencia) y de influir en ellos (técnica, comercio, viajes...) La tierra aparece como un espacio por el que merece la pena movilizar su tiempo y su creatividad. Lo que hoy llamamos aceleración de la historia, deriva de la velocidad cada vez mayor y de la competencia más amplia con que se desarrolla este dominio del hombre, cuya autonomía y libre albedrío saltan por tanto a primer plano.

Se comprende entonces como este movimiento, en el momento que empieza en Europa, en la época del Renacimiento y sucesivamente, haya provocado poco a poco una discusión de las formas políticas y religiosas, en la medida en que estas dan la impresión de tener al hombre en un estado de sumisión; política respecto a los Príncipes y religiosa respecto al Clero. Había, en efecto, en la modernidad al estado naciente una llamada a redefinir las normas políticas y las exigencias religiosas para impedir que, aún persiguiendo el esfuerzo humanista, los hombres cayeran en la anarquía y perdieran de vista su destino fundamental. En otros términos era necesario repensar la doble realidad del pecado y del perdón de modo que no constituyera un obstáculo total al nacimiento de una humanidad distinta.

Dificultades y logros de la modernidad

En realidad, esta nueva construcción política y religiosa se está todavía realizando. Existen aspectos negativos y aspectos positivos. La llegada de la modernidad ha renovado la rivalidad endémica entre la Iglesia y el Estado, entre los príncipes por un lado y los obispos, y particularmente el Papa, por otro. La capacidad técnica ha hecho posibles guerras más sanguinarias y no la realización de la paz sobre nuevas bases. La extensión de las posibilidades humanas ha provocado desigualdades sociales cada vez mayores, y la doble gestión del trabajo y del dinero no se ha hecho bien (y sigue sin hacerse bien). El crecimiento de la injusticia y de la violencia parece que va a la par con el crecimiento del poder del hombre, mientras la relación con lo sobrenatural y la preocupación por las metas últimas se han convertido en temas por los que nadie se interesa. Se comprende cómo la tentación de ceder a la desesperación se haya difundido en el mundo.

Todavía, en medio a estas vicisitudes, se han afirmado nuevos valores, que hoy son generalmente aceptados, y advertimos que la verdad del Evangelio, igual que la naturaleza del hombre, nos invitan a vivirlos aunque nos resulte difícil realizarlos. La visión del mundo de aquí abajo que también la Iglesia comparte, prevería la instauración generalizada de una democracia justa que promueva los derechos de todos los hombres: una gestión de la economía al servicio del bien común, cuyo signo de reconocimiento sería el acceso de los más pobres a los bienes de este mundo: un desarrollo de la investigación y de aplicaciones técnicas que considere el bien del hombre como medida y fin... Esta labor en el plano político, social y cultural debería acompañarse de una reforma de las iglesias que sepa reconciliar los valores evangélicos, la humanidad y la gracia del hombre, la autoridad apostólica. Esto, en suma, es el objetivo que se había fijado el Concilio Vaticano II, entre el riesgo de un retorno a una religión fundada en el temor (transformado solo en apariencia) y el de abandonarse a la dinámica atea de un

progreso incontrolado; es en este nuevo equilibrio que es necesario trabajar a medio plazo, aunque nunca se consiga plenamente.

Lo que intentaba decir con estas breves pinceladas sobre la modernidad que no trabajaremos por la llegada del Reino de Dios aquí en Europa en tanto no asumiremos el reto actual: nuestra fe será tanto más creíble en su propuesta sobrenatural si contribuirá a crear un orden en el mundo presente y a dar un sentido a nuestra civilización actual. Creo que, para los cristianos, es necesario afrontar el proyecto europeo en esta perspectiva para que llegue a realizarse.

3. - Algunas actitudes esenciales para la construcción de Europa

Después de haber colocado nuestra acción, cualquiera que sea, en el contexto de la fe católica, del proyecto que Dios le confiere y de la Ley del Reino y haber recordado que el proyecto europeo es un momento importante en la historia de la modernidad, quisiera detenerme en tres actitudes que deberían dar un aspecto concreto a nuestra labor cristiana en Europa: reconciliación, diálogo, Bienaventuranzas. Antes de comentarlas, deseo subrayar bien el término que he utilizado: *actitudes*.

No se trata, en efecto, de un recorrido cronológico, como sí después de habernos reconciliado de una vez, pudiéramos entrar en diálogo sobre lo que hay que hacer y, una vez obtenido un consenso, ponernos a la obra. En realidad, estos tres elementos funcionan unidos.

Aunque haya momentos de reconciliación que marcan etapas, habrá, a pesar de todo, motivos ya sea para el perdón ofrecido, solicitado y recibido, ya sea para la lucha contra el resentimiento y las frustraciones. Cada hombre, cada grupo, cada nación está continuamente en tensión para superar los movimientos, las mentalidades, etc., que se le oponen y aíslan. Los acuerdos, cuando se han alcanzado, ponen en cierto modo al descubierto otros campos donde es necesario escucharse, hablar y, si es posible decidirse juntos.

En fin, las acciones llevadas a cabo no agotarán nunca el proyecto de trabajo por la paz universal, política, económica y social, con sus implicaciones religiosas. He aquí porque he hablado de actitud: es importante verificar continuamente si estamos haciendo una labor de reconciliación, de diálogo y de acción, ayudándonos por otra parte con la armadura de las Bienaventuranzas, que nos permitirá no pararnos a lo largo del camino a causa de las pruebas que necesariamente tendremos que afrontar.

Reconciliación

Cuando uno se para en un Atlas histórico para intentar comprender la génesis de Europa, la primera palabra que viene a la mente - y pronunciándolo siento cierto temor aquí en Sarajevo, donde recientemente ha habido sufrimientos tan grandes - es “reconciliación”. Europa, en las fronteras que provisionalmente hoy le reconocemos, que comprenden todos los países que se hallan al Oeste de Rusia y de Turquía, es un continente herido que se ha construido después de numerosas guerras y muchos muertos, por lo que nos aplastan, aún inconscientemente, bajo el peso de resentimientos y de culpas. Tales acontecimientos pueden ser lejanos o cercanos: hasta que no hayan dado lugar a palabras de perdón pedido y recibido y a perspectivas de nuevas relaciones de convivencia pesan sobre nuestra conciencia de europeos, pero interpelan también nuestra conciencia cristiana y nos remiten fuertemente al Evangelio.

Signos históricos

1. - . La Antigüedad

El necesario volver atrás en el tiempo. En la Antigüedad el mundo civil (no encuentro otra palabra) no ocupaba solamente lo que hoy llamamos Europa sino toda la zona del Mediterráneo. Si nos limitamos a considerar solo a la Iglesia cristiana, esto es lo que encontramos: los primeros Padres de la Iglesia de los que se tiene referencia son Justino, Ignacio de Antioquía, Clemente de Alejandría, Orígenes: por tanto Siria y Egipto. La primera Literatura cristiana que nos llega de Occidente esta escrita en griego: Clemente de Roma, Hipólito de Roma, Ireneo de Lyon. Los primeros Padres que escriben en latín, en cambio son africanos: Tertuliano y Cipriano. En la época de la grande patristica (IV y V siglo) podemos igualmente rodear el Mediterráneo: Atanasio y Cirilo en Egipto, Agustín y Fulgencio en Africa: en Italia encontramos al romano Mario Caio Victorino, el milanés Ambrosio, Paulino de Nola venía del sureste de Galia y Girolano de la costa dálmata. Continuamos el periplo con los Padres de la Capadocia, que vivieron entre Constantinopla y Cesárea, en el extremo del territorio de Anatolia, la actual Turquía.

Esta unidad del mediterráneo empezó a romperse con las invasiones bárbaras, que pusieron a hierro y fuego los países occidentales. El imperio romano de Occidente cayó a finales del Siglo V y a partir de ese momento se empezó a cavar un abismo entre el Occidente bárbaro, en esa época pagano o arriano, y el

Oriente ortodoxo. Después, en el siglo VIII llega el Islám, que conquistó y ocupó progresivamente el Imperio de Oriente y fue avanzando hasta regiones que hoy calificamos como europeas, como Bosnia Erzegovina. Se Podría decir que Europa se identifica con los territorios y las naciones que, por un lado, no han sostenido el Oriente griego caído en las manos de los árabes y luego de los turcos y, por otro, han conseguido rechazar los ataques musulmanes, desde la victoria de Poitiers (732 Carlos Martello) hasta la de Viena (1683 Jean Sobieski). Por tanto se constituye al Oeste, con el abandono, más o menos hostil del Oriente.

Por tanto, ya en este primerísimo nivel de constitución histórica de Europa, hay motivos de reconciliación: antes que nada quizá aceptando la historia tal como se ha desarrollado, después intentando llevar una mirada benévola sobre los que nos hemos separado, hemos atacado y vencido o viceversa: el mundo griego y el mundo musulmán. Es un primer nivel de curación de nuestra memoria histórica. Esta reconciliación política, implica una reconciliación religiosa, en cuanto el factor confesional ha tenido un rol relevante en las sociedades premodernas, donde siempre es difícil hacer distinción entre política y religión. El diálogo entre cristianos “griegos” y “latinos” en vistas a una verdadera reconciliación en la diferencia y la escucha recíproca y respetuosa entre cristianos y musulmanes forma parte, me parece de una verdadera construcción de Europa, para que se abra, como debe ser también en el Cercano y Medio Oriente, comprendida Rusia, de modo que los ciudadanos de esas regiones sean mejor acogidos cuando vienen a nosotros.

2. - La Europa moderna y contemporánea

Si ahora consideramos a Europa como tal, vemos que en realidad se ha constituido a partir del siglo XIV, En efecto, su formación es contemporánea a la llegada y al desarrollo de la modernidad que, como ya he dicho, se puede definir como una conquista progresiva de la autonomía humana: autonomía de la esfera política, legitimidad de las nacionalidades, percepción inicial de la libertad, de la conciencia y de la historia, llegada de las ciencias exactas y de la técnica. La civilización europea se ha hecho sobre estas bases. El conflicto, sin embargo, ha sido constante y las reconciliaciones nunca duraderas. Los estados europeos, constituidos a partir del siglo XIV, han pasado el tiempo haciendo guerras; para conquistar la hegemonía política los unos sobre los otros, ya se trate de Francia, Inglaterra, Imperio Austro-Húngaro, Prusia; para tener el control del comercio exterior, para formar imperios coloniales. Así, desde el siglo XV al XX, el mapa de Europa no ha dejado de sufrir modificaciones,

según los efímeros tratados de paz. Además en el intervalo entre nuestros conflictos internos se han constituido humanamente otros continentes. La acción de Europa en este proceso ha sido positiva, en la medida en que ha llevado a los pueblos que colonizaba el cristianismo y el humanismo moderno. Pero también ha sido muy negativa porque lo ha hecho en función de los intereses políticos y económicos de las naciones enemigas entre ellas, sin respetar la autonomía de las sociedades y de los pueblos conquistados. También en este caso, hay reconciliaciones que cumplir por el pasado, una aceptación de la situación presente y alianzas que crear para un futuro mejor.

3. - Las confesiones religiosas

En el plano religioso las regiones europeas en primer lugar se han unificado en torno a la religión católica. Sería necesario examinar aquí las diferentes causas; el papel positivo, después de la caída del Imperio romano de occidente, de los Papas defensores de las poblaciones de Italia contra los invasores paganos o arrianos; la victoria política de los príncipes católicos, como Clodoveo, Pepino el Breve, Carlo Magno; el desarrollo de los Monasterios católicos, la reforma gregoriana, que unificó la cristiandad desde el siglo XI al XIII... Esta unidad católica se fue disgregando poco a poco, en el momento exacto en que se esbozaba la Europa moderna: el desarrollo de los nacionalismos se enfrenta con la hegemonía papal, que no supo replegarse rápidamente a una posición propiamente religiosa. No se ha hallado equilibrio entre los espirituales franciscanos, los evangelismos de toda clase y una afirmación del papado donde la primacía religiosa, la primacía política, la primacía financiera (fiscalidad) estaban excesivamente mezclados. Por su parte, los estados y las sociedades civiles han hallado muchas dificultades en reconocer a la fe cualquiera que fuese, un espacio social efectivo. Al fin, en el siglo XVI, sucede la Reforma protestante por un lado y una fragmentación del catolicismo a nivel nacional por otro. En el plano de la fe en Europa, hay una extensa labor de reconciliación a conseguir, la misma que ha suscitado el diálogo ecuménico.

Tres signos de Dios para nuestro tiempo

En el siglo XX hay tres signos importantes, en los que podemos ver la mano de Dios, y que dan consistencia a nuestra Esperanza: Dios está verdaderamente con nosotros para construir una Europa y un mundo. El primero es el nacimiento y desarrollo de movimiento ecuménico que ha surgido de la concreción de que el Evangelio no podrá difundirse por el mundo si los discípulos

de Jesús no están reconciliados. Sabemos que de la difusión de esta convicción en los ambientes anglo-sajones en las vísperas de la primera guerra mundial hasta la plena reconciliación entre las conferencias cristianas el camino será largo. Pero como dice una exhortación litúrgica “que Dios lleve a cumplimiento lo que ha comenzado en nosotros”. Para cada uno de nosotros, de nuestras comunidades, es como si el ecumenismo fuese parte de la respiración normal y su importancia para la construcción europea es inmensa.

El segundo acontecimiento es la reconciliación franco-alemana, que se perfila ya al terminar la segunda guerra mundial. Se puede decir que ha construido “zócalo duro”, en el que se han podido firmar tratados y emprender realizaciones verdaderamente inimaginables hace sesenta años.

En Europa no solo existen Francia y Alemania, aunque no sabemos exactamente lo que podría haber sucedido si estos dos países se hubieran empecinado en la hostilidad que los enfrentaba desde hacia tiempo.

Por fin, ha sido el Concilio Vaticano II, que llega después de un periodo muy contrastado y rico de la Iglesia desde el Papa León XIII (1878). En toda la Iglesia se opera una especie de desplazamiento concertado: ha comprendido que su vida evangélica y su misión presuponían una revisión de las instituciones, una valoración de la existencia humana en sus dimensiones personales, sociales, políticas, económicas, una apertura al diálogo ecuménico y una actitud que podríamos decir de “dulzura” frente al alma religiosa de cada hombre y de todos los hombres.

Estos tres acontecimientos (y muchos otros relacionados) nos permiten esperar una solución positiva aunque haya todavía tantos conflictos que afligen el mundo, ralentizando también el movimiento europeo. Se nos pide confiar en lo que Dios ha hecho y los hombres han construido en un pasado reciente. En vez de alimentar el resentimiento y aceptar todas las diferencias nacidas de la historia y de la cultura, diferencias que existen siempre, es preferible intentar seguir el camino de Europa emprendido por las generaciones que nos han precedido. Es nuestro deber actuar para que Europa no se construya en contraposición a los otros continentes: contra los Estados Unidos que se ha convertido en extremadamente potente, contra Rusia, que podría volver a ser amenazante, contra el Extremo Oriente, del que empezamos a ver un movimiento que podría sumergirnos, contra Africa, que terminaremos con hacerla ahogar en sus dificultades en vez de ayudarla a promocionar sus recursos. La experiencia de la historia nos ha demostrado que nada de lo que se ha hecho “contra” produce efectos duraderos de paz. Si deseamos una Europa fuerte y tranquila es para que pueda ser un elemento sólido en las

relaciones mundiales, relaciones en las que ningún continente intente dominar a los otros sino que haya intercambios, ofreciendo lo que tienen y recibiendo lo que les falta. La formación de Europa constituirá entonces una aportación esencial al desarrollo pacífico del mundo.

El Diálogo

La escucha

Hoy se habla mucho de diálogo y si se habla es porque ya se practica. Esta es una actitud nueva y muy difícil. En efecto, que se trate del aspecto personal, político y, quizá todavía más religioso, la tendencia espontánea es siempre la de afirmarse a sí mismos, decir nuestra verdad y, en el mejor de los casos, de animar a otros a adherirse. En realidad, la primera palabra en materia de diálogo es la misma con que empieza la confesión de fe bíblica “*Escucha, Israel*”. Si pienso que mi verdad es la verdad no hay razón para que escuchen los otros, pero entonces ¡no habrá diálogo! El diálogo consiste en el encuentro de personas que a turnos se escuchan y se hablan, para buscar juntas lo que es verdadero: por el pasado, del que cada cual evoca la riqueza pero también las heridas, con el objetivo de conseguir un perdón recíproco: por el presente, para descubrir una verdad necesariamente parcial sobre la que se toma el acuerdo de una acción que se pueda emprender en común.

En el diálogo por tanto se escucha, o sea se intenta dar una acogida real y benévola al mensaje de los otros y reconocerle el valor. Se dice lo que es verdadero o ausplicable asumiéndolo personalmente y al mismo tiempo con cierta discreción: se está convencido de lo que se afirma pero no se intenta imponer esta convicción. En otras palabras, en el diálogo se trata de proponer y testimoniarse, por un lado, y de tener confianza y adherirse por otro.

El desacuerdo

Para ilustrar esta actitud de diálogo, puede ser útil examinar el caso en que no será posible llegar a un acuerdo sustancial, aun en puntos que consideremos esenciales. Y sin embargo, también en este caso, el intercambio de palabras en el respeto y el amor, tiene un gran valor. Tal divergencia conduce a reflexionar sobre las propias convicciones personales para comprenderlas y situarlas mejor, para colocarlas en la humildad. Esta lleva también a guardar silencio y quedar como admirados ante las convicciones del otro, del que se

acepta sin comentarios su posición: “Nada es más grande - decía un sabio musulmán - del diálogo entre personas que son fieles a su fe y la intercambian paradójicamente sin concesiones para llegar a la verdad”. Quizá en este caso, se consigue un acuerdo más allá de las palabras: sobre la verdad que no se puede decir.

El acuerdo y el compromiso

Todavía, a excepción de estos casos extremos, el diálogo conduce a un cierto acuerdo. Podemos notar enseguida que esta palabra que tiene una resonancia intelectual, deriva del latín *cor*, corazón, y es lo que le confiere una armonía efectiva. Se puede por tanto llegar a una distribución común, a una plataforma que todos puedan aceptar, aunque no complazca plenamente a nadie. Entonces se podrá pensar en una acción común que casi siempre es un “compromiso”.

Esta palabra tiene una connotación peyorativa en muchos idiomas; significa que, dado que nadie está totalmente de acuerdo, nadie tampoco está satisfecho. En realidad, el significado etimológico de la palabra “compromiso” es “lo que podemos prometer juntos”. Ciertamente no es lo mejor que se pueda desear pero se piensa justamente que sea preferible ser y actuar con otros a costa de una cierta disminución de la propia satisfacción (personal o de grupo), que quedarse solos.

La practica concreta del diálogo

Será necesario decir algo sobre las dimensiones que pueden adquirir el acuerdo y la acción. Es posible que, a gran escala, el acuerdo teórico y el compromiso práctico sean difíciles, si no imposibles, de alcanzar. Las heridas del pasado son demasiado grandes y la reconciliación todavía lejana, o quizá las divergencias, sobre todo religiosas, sean insuperables y no puedan conducir a un acuerdo entre los grupos. Del resto, a estos niveles, las palabras y los compromisos corresponden a los responsables importantes, políticos y religiosos, y nosotros tenemos poca influencia sobre ellos. Las dificultades que, a pesar de todo pueden existir en este plano dejan la puerta abierta a la posibilidad de encuentros entre los que podemos definir los hombres medios, su espacio, su ambiente, sus intereses familiares y profesionales, su religión. Bien, pues es en este nivel donde se sitúan entre otros, los grupos parroquiales, diocesanos de Acción Católica. Creo que en la realidad de los hechos, el verdadero diálogo

tiene lugar de modo discreto, invisible, a nivel de una o dos familias, de un pueblo, de una pequeña empresa, etc. Los grandes diálogos, los de las naciones europeas, de sus iglesias, de sus sinagogas, de sus mezquitas, no tienen un peso real si no están precedidos, sostenidos y seguidos por los esfuerzos modestos de cada uno en su propio ambiente. La escucha, la acogida, la propuesta, el testimonio, son valores de cada día para todos y es esta la posibilidad concreta que fortalece nuestra esperanza.

Las Bienaventuranzas

Es necesario, por tanto participar en la construcción de una Europa verdaderamente moderna, o sea que no retroceda frente a la ciencia, a la técnica, a la economía, a la libertad, pero también reconciliada y dialogante, donde las distintas naciones, sus esfuerzos, sus empresas, sus fes religiosas se escuchan, en otras palabras dejan espacio a los otros en lugar de afirmarse de modo exclusivo. Este es el secreto de la comunión o de la comunidad: el hecho de unirse, de reunirse no sucede sin renuncia. También en el nivel político y social, “quien pierde su vida la gana” por cuanto se pierde a nivel individual (ya se trate de individualismo personal, colectivo, nacional, religioso), se encuentra a nivel de colectividad, instituida por la libertad de formar un “nosotros” en vez de amurallarse en el “yo”. Y como ya hemos dicho, un primer espacio de estos diálogos es el de las reconciliaciones que hay que realizar.

En este punto el Evangelio acude en nuestra ayuda. Nos propone, en efecto, las Bienaventuranzas, que, lejos de estar reservadas a un espacio propiamente religioso, constituye ya sea la Ley del Reino que vendrá, ya el modo según el que la iglesia puede y quiere vivir, o un conjunto de normas válidas universalmente, y que muchos hombres, sin siquiera conocerlas, observan porque siguen la ley del corazón en lo que mejor tiene. Las Bienaventuranzas nos dicen que la felicidad no se halla donde creemos poder encontrarla. La colocan por un lado en la pobreza, en la aflicción, justicia, la persecución y, por otro, en la mansedumbre, la pureza de corazón, el trabajo por la paz, la misericordia. Si fuera necesario, en la perspectiva de este encuentro, elegir una de las Bienaventuranzas, la más adecuada al trabajo por una Europa reconciliada y dinámica, elegiría gustosamente la de la mansedumbre: “Bienaventurados los mansos porque heredarán la tierra”. La mansedumbre, efectivamente, proviene de una lucha determinada y tranquila contra todas las violencias. Determinada, en cuanto que las violencias no solo físicas o militares, sino también económicas y sociales, no desaparecerán solas. Tranquila, porque no es necesario oponer una violencia a otra,

con el pretexto de hacerla desaparecer: la fuerza verdadera es dulce. Nosotros lo sabemos, si no por experiencia directa, al menos mediante la de los hombres y mujeres mansos que hemos podido conocer. El Evangelio nos anuncia que esta determinación dulce nos garantiza poseer en herencia la tierra: no una posesión sobre la que poner las manos sino un señorío que pone todo a disposición de todos. Una Europa verdadera sería, por tanto, una Europa de la mansedumbre.

Al finalizar mi intervención, me gustaría decir, que la construcción de Europa no es más que una “ocasión” que aferrar. Si la consideramos en una amplia perspectiva histórica, nos damos cuenta que se trata más bien de un “don de Dios” que acoger y realizar. Constituye un “momento” (*Kairos*) no solo de la historia de los hombres, sino también de la dinámica de la salvación que conduce hacia el Reino. Por estas razones he insistido en dos aspectos, ambos muy importantes. En primer lugar la meditación espiritual del Reino, con la Eucaristía y la Escritura que nos hacen misteriosamente presente la realidad hacia la cual esta caminando Europa: su gran “esperanza humana”.

Después, la aceptación seria y crítica de la modernidad en la que hoy se coloca Europa y el mundo; es preciso resistir a la tentación de pensar en Europa en la perspectiva de un retorno imaginario hacia una época ideal que nunca ha existido. Labor de todos los europeos es contribuir hacer que la realidad de la modernidad - libertad, historia, ciencia, técnica... - sean gestionadas en tal modo de dar vida a un verdadero humanismo. Y entre los europeos, nosotros los cristianos tenemos propuestas que hacer, que muchos, consciente o inconscientemente, esperan.

Sabemos finalmente que, como toda gran obra, la construcción de Europa exige mucho. El testimonio del Evangelio puede ayudarnos en este contexto porque el término “renuncia” no da miedo a los cristianos y, aunque los atemorice, el temor puede ser dominado gracias al ejemplo de Cristo y a la gracia del Espíritu. Renunciar a los resentimientos, a los más antiguos como a los más recientes y trabajar firmemente, en el pequeño espacio donde cada uno nos encontramos, por la reconciliación. Renunciar a toda violencia al proponer la verdad, y ponernos constantemente en un clima de escucha y de diálogo. Hallar en la meditación de las Bienaventuranzas el secreto, no solo de nuestra fuerza y perseverancia sino también de la felicidad que encontraremos al consagrarnos a este deber, político y social, del que sabemos que conduce hacia el Reino y que, en cierto modo, puede hacerlo ya presente.

POR QUE LA IGLESIA NECESITA A LA ACCIÓN CATÓLICA

*Mons. Atilano Rodriguez
Obispo de Ciudad Rodrigo
Obispo Consiliario de la ACE*

Agradezco muy sinceramente a los organizadores de este encuentro del FIAC la amabilidad que han tenido al invitarme a compartir con todos ustedes los gozos y las esperanzas de la AC, así como las inquietudes por su actividad evangelizadora en el futuro.

La misión de la Iglesia y de la AC: Evangelizar. La Iglesia nace para evangelizar. Esta es la misión que el Señor le confió: anunciar la Buena Noticia a todas las gentes. El Papa Pablo VI dirá que la evangelización es la misión esencial de la Iglesia y su identidad más profunda (EN 14). La AC, como movimiento de Iglesia, que asume el fin global de la misma, no puede tener otro fin que la evangelización.

Como bien sabemos, desde los primeros momentos de la Iglesia han existido hombres y mujeres que, animados por el Espíritu, han colaborado con los apóstoles en la difusión del Evangelio. El mismo Espíritu es el que ha impulsado a los Papas, desde mediados del siglo XIX, a estimular y apoyar con decisión el compromiso social de los cristianos laicos de forma asociada.

Los obispos del mundo entero, recogiendo las aportaciones de la reflexión teológica y eclesiológica de años anteriores, resaltan con fuerza, en distintos documentos del Concilio Vaticano II, la vocación y misión del laico cristiano en la Iglesia y en el mundo. Al referirse al asociacionismo laical, los padres conciliares señalan que todo el apostolado seglar ha de estar integrado en el apostolado de la Iglesia y que es necesario que los seglares “participen y ayuden a las distintas obras de apostolado seglar y, sobre todo a la AC” (ChrD n 17 b). Los movimientos integrados en la misma deben ajustarse a las cuatro notas, que definen su identidad, y que han de ser acogidas cordialmente tanto por los pastores como por los fieles (AA 20).

El Papa Juan Pablo II ha manifestado en distintos documentos y alocuciones la necesidad de dar un nuevo impulso a la AC para llevar a cabo la nueva evangelización. Concretamente, el año pasado (26.4.2002), decía a los miembros de la Asamblea Nacional de la AC Italiana: “La Iglesia no puede prescindir de la AC... La Iglesia necesita a la AC porque necesita a laicos dispuestos a dedicar su existen-

cia al apostolado y a establecer, especialmente, con la comunidad diocesana un vínculo que dé una impronta profunda a su vida y a su camino espiritual. Necesita laicos cuya experiencia manifieste, de forma concreta y diaria, la grandeza y la alegría de la vida cristiana; laicos que sepan ver en el Bautismo la raíz de su dignidad, en la comunidad cristiana su propia familia con la que compartir la fe, y en el pastor al padre que guía y sustenta el camino de los hermanos; laicos que no reduzcan la fe a hecho privado y no duden en llevar el fermento del Evangelio a la trama misma de las realidades humanas y a las instituciones, al territorio y a los nuevos lugares de la globalización, con vistas a construir la civilización del amor”. De estas palabras del Papa se deducen un conjunto de características, de cualidades y virtudes, que deberían adornar la vida del cristiano laico, en este momento de la historia, para ser testigo del Evangelio de Jesucristo en la Iglesia y en la sociedad.

Resumiendo mucho la intervención del Papa, podríamos decir que la Iglesia y el mundo necesitan un laico, adulto en la fe, que viva la comunión eclesial, mediante su inserción en la diócesis, y que esté presente en la sociedad para impregnar las realidades temporales con los valores evangélico.

La AC seguirá siendo necesaria para la Iglesia y para el mundo en el futuro, si se mantiene fiel a sus notas de identidad, escucha la voz del Señor desde la realidad y asume con gozo las invitaciones del Papa y de los Obispos para formar militantes cristianos con las características anteriormente señaladas. Para ello, es necesario que la AC haga una revisión de su trabajo apostólico y evangelizador y emprenda una sincera y constante conversión a Dios, a la Iglesia y a las exigencias de la nueva evangelización.

Teniendo en cuenta la realidad social, cultural y religiosa del mundo de hoy y atendiendo a las indicaciones del Santo Padre, me atrevo a señalar algunos aspectos que la AC debería cuidar de modo especial en el momento presente.

1. - Especial cuidado de la espiritualidad y de la formación

La sociedad actual está profundamente influenciada por el subjetivismo, el relativismo y la indiferencia religiosa. Estos criterios están afectando también a los miembros de la Iglesia por el hecho de pertenecer a esta sociedad. En los próximos años, solamente los cristianos, con una fuerte espiritualidad y con una sólida formación cristiana, podrán resistir los criterios de la secularización, dar razón de su esperanza y ser testigos del Evangelio de Jesucristo.

Esto exige a la Iglesia prestar especial atención a la espiritualidad y a la formación de todos los bautizados, de tal forma que lleguen a descubrir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo, desde una actitud de sincera conversión al Evangelio del Reino. Todos sabemos muy bien, que sólo puede evangelizar, aquél que ha sido previamente evangelizado. Solamente puede ser testigo de Jesucristo, el que responde libre y conscientemente al amor del Padre, manifestado en Cristo, y

se entrega de forma incondicional a su persona. Esto supone trato de amistad y encuentro personal y comunitario con Cristo en la oración para conocerlo y amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todo el ser, ya que Él es infinitamente digno de ser amado. La santificación personal, el “nuevo ardor misionero” y la conciencia de misión nacen del encuentro y del trato personal y comunitario con Cristo en la oración y en la celebración de los sacramentos.

La AC, mediante el método de la revisión de vida, bien utilizado, y mediante sus planes y proyectos formativos, hace posible en sus militantes la experiencia del encuentro con Dios, con la Iglesia y con los hermanos. A partir del encuentro con Dios es posible que cada cristiano consiga de forma progresiva un nuevo modo de ser, de pensar, de sentir, de vivir y de afrontar la realidad en todas las circunstancias de la vida, acorde con los criterios evangélicos. De este modo, toda la vida y la actividad del militante cristiano, mediante el desarrollo de una fe madura, consciente y comprometida, se convierten en ocasión propicia para la escucha de la Palabra, para la adoración a Dios y para la extensión del Reino.

La AC debe continuar impulsando la espiritualidad y la formación, que ha dado tan buenos resultados espirituales y apostólicos en todos sus militantes, pero ha de ofrecer e impulsar estos procesos formativos en las diócesis y en las parroquias para beneficio de todo el pueblo de Dios.

En el futuro, los militantes de los Movimientos de AC deberán establecer prioridades en su acción apostólica y tendrán que pensar en la posibilidad de sacrificar una parte de su tiempo para dedicarlo a la formación integral, a la enseñanza de la oración y a la vivencia de las celebraciones litúrgicas por parte de otros hermanos, aunque no estén integrados en sus movimientos. Sólo, de este forma, los bautizados, con una deficiente formación cristiana o alejados de la Iglesia, podrán descubrir las exigencias de su vocación bautismal y vivir su compromiso apostólico.

A mi modo de ver, hoy existen dos peligros relacionados con la espiritualidad y la formación cristiana que acechan a la Iglesia y a los movimientos de AC. Por una parte, en tiempos de prisas y de activismo, como son los que nos tocan vivir, inconscientemente podemos caer en la tentación de pensar que somos nosotros, mediante nuestros compromisos y actividades, los que debemos salvar a la Iglesia y al mundo, olvidando que solo Dios puede salvarnos a todos. El Señor no nos pide que hagamos muchas cosas, sino que lo hagamos todo por amor.

Por otra parte, los movimientos de AC, en ocasiones, pueden caer en la tentación de poner una confianza ilimitada en sus proyectos, programas, métodos o ideas. Todo esto hemos de cuidarlo y prestarle la debida atención, pero no debemos olvidar nunca que éstos son simples medios para evangelizar. Por tanto, si las exigencias de la evangelización así lo piden, los medios y los métodos pueden y deben cambiarse. Dios es el único absoluto. Él es el Señor de la

historia y, por tanto, sólo en Él debemos poner nuestra confianza. Al decir esto, estoy pensando en los muchos bautizados que se acercan hoy a la Iglesia y a los movimientos apostólicos con una formación deficiente en contenidos doctrinales. En estos casos el método de la revisión de vida, aunque esté bien utilizado, puede no ser suficiente para impulsar la espiritualidad y la formación de estos bautizados. Por eso habrá que buscar la forma de introducir en los procesos formativos aquellos contenidos doctrinales y morales, imprescindibles para vivir la identidad cristiana.

2. -Comunión con los pastores y con todos los hombres

En la actualidad nos encontramos con un fuerte individualismo social y religioso. A esto tenemos que añadir, en ciertos grupos sociales, una concepción de la Iglesia, equiparable a cualquier otra institución social, en la que se ofrecen y se solicitan determinados servicios religiosos. Muchos cristianos nos han hecho nunca una reflexión sobre la Iglesia como misterio de comunión misionera, ni han descubierto su pertenencia a la misma como miembros vivos y activos.

Al contemplar esta realidad, el Santo Padre señala que la construcción de la comunión eclesial es uno de los grandes retos que los cristianos tenemos en este milenio, si queremos ser fieles a la Iglesia y a la sociedad. Para fomentar la comunión, es preciso tener siempre muy presente que ésta es ante todo un don de Dios a la Iglesia, que exige ser acogido con un corazón libre y generoso. La contemplación con los ojos del corazón del amor y de la unidad existentes entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, deben ayudar a todos los cristianos a practicar una espiritualidad de comunión y a desarrollarla en la acogida cordial a los hermanos y en la participación responsable en todos los instrumentos de comunión eclesial (cf NMI nn 43-45).

El Evangelio, además, nos recuerda que la comunión con Cristo, mediante el don del Espíritu, es indispensable para dar frutos: “Separados de mi, no podéis hacer nada” (Jn 15,5). Es el Señor el que nos ha elegido y el que nos envía en misión hasta los confines de la tierra para anunciar a otros el misterio de Dios, ayudándoles a vivir en íntima comunión con la Trinidad santa. ¿Cómo será posible anunciar a otros el misterio de Dios, si no se conoce, ni se vive en este misterio?

Los procesos formativos de la AC tienen como objetivo la formación humana, espiritual y doctrinal de los cristianos laicos, para que no solo estén en la Iglesia, sino para que se sientan miembros vivos de la misma. El distanciamiento de la Iglesia lleva consigo también el alejamiento de Cristo, al que se quiere entregar la vida. Pero, además, la AC, por sus notas identificativas, no solo está llamada a vivir la más plena y perfecta comunión eclesial, sino que está invitada también a ser promotora y constructora de comunión en el seno

de la comunidad cristiana y en la realidad social fragmentada, dividida y, en ocasiones, enfrentada. Esto, por supuesto, supone además de la coordinación y de la organización de un conjunto de actividades apostólicas, la vivencia de una espiritualidad de comunión sin la cual no es posible resolver los conflictos que puedan surgir en la convivencia y en las relaciones eclesiales.

En el futuro, la AC, desde una actitud de diálogo cordial y fraterno, debe incrementar la comunión con el ministerio pastoral como garante y servidor de la comunión eclesial y debe implicarse con más decisión en el impulso, preparación y aplicación de los planes y proyectos pastorales diocesanos, ofreciendo su experiencia asociativa y sus conocimientos sobre las condiciones en las que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia (AA 20). En este sentido, los militantes de AC no deben olvidar que ellos libremente se comprometen a una “más estrecha” y directa “cooperación” y colaboración con el ministerio pastoral para la consecución de los “fines propiamente apostólicos de la Iglesia” (AA 20).

Esta comunión fraterna entre el ministerio pastoral y el laicado debe ayudar al ejercicio de la corresponsabilidad eclesial. En este sentido, los movimientos de AC deben ofrecer su colaboración en las parroquias y en la diócesis para que los cristianos descubran que el deber de evangelizar es responsabilidad de todo el pueblo de Dios, como exigencia del sacramento del bautismo. Los Movimientos de AC no pueden caer en el error de vivir la comunión y la corresponsabilidad sólo al interior del propio movimiento, porque esto les incapacita para el diálogo interreligioso y para la práctica del ecumenismo. Además, si se cierran sobre sí mismos, en el futuro tendrán especiales dificultades para descubrir las riquezas humanas y espirituales de los restantes movimientos apostólicos y para valorar el trabajo pastoral de la parroquia, en la que deben celebrar la fe y en cuyo ámbito deben dinamizar la comunión y la corresponsabilidad eclesial de todos sus miembros. La AC pierde su razón de ser, cuando deja de ser impulso, fermento y servicio a todo el pueblo de Dios.

Para vivir con estos criterios eclesiales, el cristiano laico debe ser muy consciente de que antes de pertenecer a un determinado movimiento o asociación, es miembro de la Iglesia universal, que tiene su concreción y realización en la Iglesia particular. Cuando se huye de la parroquia o se desprecian los proyectos pastorales diocesanos, ¿no se está negando la esencia y la identidad de la misma AC?

3. - Presencia evangelizadora en el mundo

Durante los últimos años se ha incrementado notablemente la participación de los católicos en las actividades pastorales intraeclesiales, pero, a pesar de los esfuerzos realizados, resulta muy difícil impulsar la presencia evangelizadora de los cristianos en la vida pública y en los “nuevos areópagos”. Con bastante frecuencia, la comodidad y las prácticas religiosas vacías de contenido están dificultando esta presencia de la Iglesia y de los cristianos laicos en el entramado social.

Sin embargo, la presencia pública de la Iglesia es una exigencia del encargo recibido del Señor, que la envía al mundo pero que esté en él, pero sin dejarse contaminar por los criterios del mundo. El Papa Juan Pablo II señala que los fieles laicos deben animar evangélicamente el orden temporal, desde una actitud de servicio a las personas y a la sociedad, y que “no pueden abdicar de su participación en la política, en la multiforme y variada actividad económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el Bien común” (*ChL* 42).

La presencia en las instituciones sociales es el campo propio, aunque no exclusivo, en el que los cristianos laicos deben santificarse mediante la práctica activa del mandamiento del amor y mediante la participación e inserción en las realidades terrenas, siendo fermento y levadura en medio de la masa (*EN* 70). Los cristianos, al implicarse en la transformación del mundo de acuerdo con los criterios del Evangelio, han de tener muy presente que la gracia de Jesucristo resucitado y la fuerza del Espíritu Santo actúan constantemente en el mundo y en el corazón de los hombres. La humanidad, aunque viva alejada de Dios, continúa siendo objeto de su amor, porque todo ser humano ha sido creado a su imagen y semejanza y porque en lo profundo del corazón de cada persona existen ansias de trascendencia y deseos de la salvación de Dios.

Por otra parte, la causa del Reino no puede ser ajena a las situaciones carentes de humanidad, que se producen en la convivencia social y que están reclamando una mayor justicia y fraternidad entre todos. Como su Señor, la Iglesia debe pasar por el mundo haciendo el bien y curando las enfermedades y dolencias de los hombres (*Lc* 9,1-29). La Iglesia, “al mismo tiempo que mira de suyo a la salvación de los hombres, abarca también la restauración de todo el orden temporal” (*AA* 5; *ChL* 15).

La AC es experta en este compromiso en el mundo, especialmente a través de sus movimientos especializados. Los planes de formación, la lectura creyente de la realidad y la incorporación de las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia hacen posible que los cristianos, pertenecientes a los movimientos de AC, se comprometan progresivamente en la transformación de las organizaciones sociales, culturales, sindicales y políticas, desde la iluminación de la Palabra de Dios. Los militantes cristianos de la AC, asumiendo una austeridad de vida, pueden prestar un impagable servicio en las parroquias y en la diócesis, aportando su conocimiento de los problemas sociales, laborales y políticos y creando conciencia en la diócesis y en la parroquia de la dimensión social de la fe y del compromiso con los más pobres, en los que se hace especialmente presente el Señor (*Mt* 25). En el futuro, la AC debería cuidar especialmente en sus militantes la cercanía, la atención y a la ayuda a los marginados por la sociedad, a las “nuevas pobre-

zas”, como exigencia de la nueva evangelización. No debemos olvidar que la caridad de las obras confirma siempre la caridad de las palabras.

4. - Obispos y sacerdotes responsables de la AC

Estas exigencias evangélicas, planteadas a la AC, obligan a los pastores a prestar una especial atención y apoyo a sus movimientos, comprometiéndose especialmente a velar por la espiritualidad, la formación y la eclesialidad de sus militantes. Las deficiencias que, en ocasiones, se perciben en los movimientos de AC pueden venir provocadas por la pereza, la desgana y el desánimo de los pastores a la hora de atender a las personas integradas en los mismos.

Los obispos y los presbíteros no debemos olvidar que con relación a la AC asumimos una responsabilidad especial, que debemos ejercer recomendando encarecidamente la incorporación a ella (*ChrD* n. 17). Los obispos y sacerdotes debemos cuidar especialmente la convocatoria y la acogida fraterna de los cristianos de nuestras comunidades, para que vivan su fe de forma asociada. Hemos de ser conscientes de que es necesario impulsar todos los carismas y ministerios en el pueblo de Dios, sabedores de que no será posible la nueva evangelización, mientras los cristianos laicos no asuman responsablemente su vocación y misión en la Iglesia y en la sociedad.

Todo esto exige a los pastores y a los movimiento de AC fomentar actitudes de diálogo, de estima fraterna, de sincera comunión, de corresponsabilidad y trabajo común. Si es necesario y enriquecedor para el ministerio pastoral el trabajo pastoral desde la cercanía a los laicos, también es enriquecedor para estos colaborar apostólicamente con los pastores bajo su “superior” dirección.

5. - Conclusión

Todos somos conscientes de las dificultades que existen, en el momento presente, para el anuncio de la Buena Noticia y para la renovación espiritual de los movimientos de AC. Pero tendríamos que preguntarnos: ¿cuándo no han existido estas dificultades? Si estamos convencidos de que la AC es necesaria para la Iglesia, para la nueva evangelización y para la misma sociedad, hemos de colaborar con el Señor para hacerla posible. Pero, en esta gozosa misión, debemos tener muy presente que, ni la Iglesia ni la AC comienzan ni terminan en nuestros esfuerzos personales. Antes que nosotros siempre llega Dios, mediante su Espíritu, al corazón de cada persona y, por tanto, lo que parece imposible para los hombres, es posible para Dios. Aunque existan dificultades, no podemos perder la alegría, porque la cruz también forma parte de la vida de los evangelizadores, como formó parte de la vida de Jesucristo, el primer evangelizador. Tampoco podemos perder la paz ni la paciencia, ya **que el futuro nos lo da Dios, porque es suyo y no nuestro.**

LOS RASGOS DEL ROSTRO DE LA ACCIÓN CATÓLICA PARA EL TERCERO MILENIO

Beatriz Buzzetti Thomson
Coordinadora de Secretariado de FIAC

Veamos cuáles son los rasgos del rostro de la Acción Católica en este inicio de tercer milenio. Para vislumbrar ese rostro debemos partir de la realidad fundante del Bautismo por el cual todos somos incorporados al Pueblo de Dios, hijos todos del Padre, miembros de la Iglesia, de la cual Cristo es la cabeza.

Por el Bautismo todos hemos sido llamados a la santidad. Esta es la vocación común de todos los cristofieles, sean clérigos o laicos. Esta común vocación a la santidad adquiere en nosotros, laicos, características propias pues por vocación divina los laicos debemos vivir en el mundo y tender allí a la plenitud de la vida en la santidad. Es decir esta es la modalidad propia de nuestra existencia cristiana y es a la vez la función específica de nuestra tarea apostólica. El Concilio Ecu­ménico Vaticano II nos lo expresa con suma precisión: el ámbito propio de la tarea del laico en la Iglesia es “todo lo que constituye el orden temporal” (AA 7). “A los laicos les corresponde por su propia vocación tratar de obtener el reino de Dios, gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (LG 31). La Constitución *Gaudium et Spes* nos plantea con toda claridad esta misión eclesial del laico que es a su vez el camino de su santificación. Dice la *Gaudium et Spes* en su número 43: “el cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes para con el prójimo, falta sobre todo a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación”.

Es pues, con la conciencia de esta doble pertenencia a la comunidad eclesial y a la comunidad civil, que debemos vivir y ayudarnos a vivir la Iglesia, misterio de comunión misionera. Estamos llamados a hacer presente la Iglesia en el corazón del mundo y al mundo en el corazón de la Iglesia. Esta es exigencia derivada del Bautismo, para todos los laicos.

Nosotros hemos respondido al llamado del Señor y queremos vivir esta identidad laical desde nuestra especial vocación de Acción Católica.

¿Y qué es lo esencial de la Acción Católica? Cuáles son los rasgos de su rostro?

En la eclesiología conciliar de comunión y misión, se define la identidad de la Acción Católica a través del conjunto de las cuatro notas de *Apostolicam*

Actuositatem: eclesialidad, laicidad, organicidad, colaboración con la Jerarquía (AA 20). En estas cuatro notas confluye la riqueza de la tradición y de la experiencia de la AC preconciliar.

La primer nota, **la eclesialidad**, es constitutiva de la AC, porque su fin es el mismo fin apostólico de la Iglesia, porque está llamada a trabajar para que la Iglesia testimonie su unidad en la diversidad ante el mundo y proclame audazmente el Evangelio a todos los hombres. Este fin apostólico de la Iglesia que la AC hace suyo, no se vive en abstracto sino que tiene su concreción histórica y geográfica en la Iglesia particular, en la Diócesis. La AC se caracteriza por su inserción en la pastoral diocesana.

La segunda nota, **la laicidad**, el carácter laical. La AC es obra de laicos que cooperan como tales con la jerarquía, aportando su experiencia y asumiendo su responsabilidad en la dirección y organización de la institución y en el desarrollo de sus métodos de acción. De este su carácter laical se deriva la responsabilidad ineludible de la AC en el trabajo apostólico en los ambientes.

La tercer nota: **la organicidad**. No se trata de la tarea de personas aisladas. En la AC los laicos trabajan unidos a la manera de un cuerpo orgánico. Este estilo asociativo y comunitario tiene en cuenta las distintas realidades, las diversas etapas de la vida y los diversos campos apostólicos donde sus miembros deben prestar su servicio evangelizador tanto en la comunidad eclesial como en el espacio propio de la sociedad civil. Es una organización conducida por laicos que responde a la realidad de cada momento histórico y esta al servicio de la misión. La organización es esencial (no la forma organizativa concreta).

La cuarta nota, **la colaboración con la Jerarquía** completa, simultáneamente con las otras notas, la identidad de la AC. Esta especial vinculación con la Jerarquía requiere de la AC un particular servicio para la comunión y la misión. Está profundamente ligada a la servicialidad y la disponibilidad pastoral propia de la AC, a su concreta inserción en la Pastoral Diocesana. En función de este servicio y disponibilidad a los planes pastorales es que la *Ad Gentes* señala a la AC entre los ministerios necesarios para la plantación de la Iglesia (AG 17).

Luego del Concilio Ecuménico Vaticano II, el surgimiento de muchos movimientos laicales dio nueva vida a la Iglesia y aportó una gran riqueza en la variedad de carismas suscitados por el Espíritu. En este contexto se celebra el Sínodo para los Laicos, cuyas recomendaciones son recogidas en la Exhortación Apostólica “*Sobre la vida de los laicos en la Iglesia y en el mundo*” y allí Juan Pablo II nos explicita con claridad estas enseñanzas conciliares al ubicar, en medio del panorama de todos los movimientos eclesiales a la AC como aquella institución llamada a “servir, con fidelidad y laboriosidad, según el modo que es propio a su vocación y con un método parti-

cular, al incremento de toda comunidad cristiana, a los proyectos pastorales, a la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida.” (ChL 31).

La AC esta llamada a vivir en plenitud la comunión eclesial, a ofrecer el testimonio de una comunión firme y convencida con el Papa y con los Obispos que se expresa en la leal disponibilidad para acoger sus enseñanzas doctrinales y sus orientaciones pastorales y de un modo concreto en hacer suyos los planes pastorales trabajando junto otros movimientos y asociaciones.

La AC se compromete a una presencia activa en la sociedad humana, que a la luz del Magisterio Social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad del hombre. Su acción no se dirige a un sector determinado sino a toda la comunidad y a todos los ámbitos y ambientes de la sociedad, como la misma Iglesia. En la infancia, la juventud, la adultez, la familia, el mundo del trabajo, de la cultura, de la política, de la economía, de la educación, de la ciencia y del arte, en todos quiere ser presencia y expresión de Iglesia, quiere plantar el Evangelio y plantar la Iglesia.

Para lograr esta misión la *Christefidelis laici* señala que la AC cuenta con un estilo formativo propio. La formación es pues también esencial a la AC. Una formación que tiene sus notas características:

Formación para la comunión: entendida como el desarrollo de una especial sensibilidad para crear comunión, comunión en la Iglesia, comunión en el mundo. Para ello es necesario amar, sentir la Iglesia, esta Iglesia concreta; amar, sentir como propia esta realidad social y cultural concreta, en la que vivimos y en la que Dios nos pensó desde toda la eternidad. Sólo así podremos ser constructores de reconciliación en medio de nuestras comunidades y países.

Formación que conduzca a la unión de fe y vida: que posibilite ser testigos de la Resurrección en nuestros ambientes.

Formación en la Doctrina Social de la Iglesia: que permita impregnar el ámbito de la cultura, de la política, de la economía, de la educación, de la salud, del arte, de la comunicación, de la familia.

Una formación en el *crecimiento interior y progresivo* de la santidad de vida, de una espiritualidad de encarnación.

En síntesis: una formación para la comunión, que conduzca a la unión entre fe y vida y al crecimiento interior y progresivo de la santidad de vida laical. La formación en la AC expresa el dinamismo bautismal y tiene como objetivo lograr cristianos conscientes de su ser bautismal y de su responsabilidad en la Iglesia y en la sociedad. Justamente la *Ecclesia in Europa* n. 41 se señala la necesidad de programas pedagógicos que capaciten a los fieles laicos a proyectar la fe sobre las realidades temporales, y que proporcionen no solamente doctrina y estímulo sino también una orientación espiritual adecuada que anime el compromiso vivido como auténtico camino de santidad,

Estos son los rasgos esenciales del rostro de la AC, la de ayer, la de hoy y la de siempre, la de aquí y la de tantos otros países en todo el mundo. Este es el don, permanente del Espíritu Santo a su Iglesia.

Descubrimos en la AC de los distintos países distintas formas de concretar estos rasgos esenciales, de acuerdo a las características históricas, culturales y eclesiales de cada lugar. Pero a todos se nos exige hoy una profunda mirada a nuestro interior para revisar en que medida encarnamos hoy estos rasgos del rostro de la AC.

Esto supone el empeño renovado en la búsqueda y construcción del bien común. Es urgente que nosotros nos comprometamos y sumemos a otros en esta búsqueda y construcción del bien común.

Esto exige una tarea formativa, una profunda revisión de nuestras actitudes pero también y simultáneamente una acción decidida. Todos tenemos algo que hacer, en nuestras comunidades, en nuestros países, los niños, los jóvenes, los adultos, nadie puede sentirse excluido. Es necesario contribuir a la renovación de las parroquias como nos lo pide la *Ecclesia in Europa* para que sean “un espacio para un real ejercicio de la vida cristiana, para que sean un lugar de autentica humanización y socialización tanto en un contexto de dispersión y anonimato de las grandes ciudades modernas, como en las zonas rurales de escasa población” (Cf *EiE*, 15).

Si nos comprometemos en serio en esta tarea podremos posibilitar el advenimiento de una Europa nueva, que dé una respuesta a esta justicia tan largamente esperada por tantos hermanos nuestros y que sea la base de un mundo, más humano, más fraterno, más solidario.

Sabemos por la fe que este momento que nos toca vivir pertenece al designio del Padre y es esencialmente tiempo de gracia, tiempo de salvación. Jesús nos abre el camino para convertirlo en tiempos providenciales, tiempos de esperanza.

Escuchemos las palabras de Juan Pablo II: “*Duc in altum* Acción Católica”, y tengamos el coraje del futuro.

COMUNICADO FINAL

Del 3 al 7 de septiembre de 2003, se ha celebrado en la ciudad de Sarajevo (capital de Bosnia-Herzegovina) el III Encuentro Europa-Mediterráneo del FIAC bajo el lema: “Por una Europa Fraternal”.

Dio comienzo el acto de apertura presidido por el cardenal Arzobispo de Vrhbosna-Sarajevo, S.Em.za card. Vinko Puljic en el que dirigieron su saludo a los participantes S.E. mons. Francesco Lambiasi, Asistente General de la Acción Católica Italiana y Asistente Eclesiástico del FIAC y Beatriz Buzzetti Thomson, Coordinadora del Secretariado del FIAC.

También nos han acompañado en este Encuentro el Arzobispo de Banja Luka y Presidente de la Conferencia Episcopal de Bosnia-Herzegovina, S. E. mons. Franjo Komarica, el Obispo de Ciudad Rodrigo y Obispo Consiliario de la Acción Católica Española S.E. mons. Atilano Rodríguez, así como el Obispo Auxiliar de Vrhbosna-Sarajevo, S. E. mons. Pero Sudar.

Han participado representantes y dirigentes de la Acción Católica de 11 países: Argentina, Austria, Bosnia-Herzegovina, Croacia, España, Hungría, Israel, Italia, Malta, Moldavia y Rumania.

En esta ciudad, símbolo de la paz que todos añoramos y, concretamente, desde el Seminario de Sarajevo donde se han desarrollado las ponencias y sesiones de trabajo, hemos invocado al Dios de la paz para que, por la acción de su Espíritu, nos alumbrase este camino que vamos construyendo una Europa en paz, una Europa donde reine la justicia, una Europa en la que habite la fraternidad.

Tanto mons. Komarica como mons. Sudar y p. Zeljko Majik - párroco de Mostar - nos hicieron una exhaustiva descripción de la situación del país que nos ha permitido constatar la realidad deficitaria y compleja en la que se encuentra la población y, dentro de ella, la Iglesia Católica. Por eso han resaltado la importancia de este Encuentro internacional, para sensibilizarnos cada vez más hacia una Europa abierta y acogedora; una Europa solidaria.

Por la tarde del día 4, Ilaria Vellani y Alexandru Cistelecan, representantes de la Acción Católica de Italia y Rumania respectivamente, trataron en sus comunicaciones “Los problemas que nos unen”. Ambos aportaron en sus análisis de la realidad elementos de discernimiento y temas de debate que se dialogaron en la posterior puesta en común. A grandes rasgos se señalaron: la fe, la

cultura, la historia, la esperanza, la globalización, el ecumenismo, la inmigración y la nueva evangelización.

Se ha destacado como elemento positivo la globalización de la solidaridad, tema predilecto de Juan Pablo II, sabiendo que en esta construcción de una Europa fraterna, la esperanza ha de impregnar nuestra vida, acompañada de un testimonio veraz que haga patente el amor de Dios que sigue vivo en nuestros corazones. Este es un reto no exento de dolor, de esfuerzo grande, de sacrificio. Un reto que mira a Cristo vivo: ayer, hoy y siempre.

El día viernes 5 el monje benedictino francés Ghislain Lafont inpartió una ponencia que llevó por título: “El futuro está en nuestras raíces: la novedad del Evangelio en la Europa del III milenio”. Basándose en documentos del Concilio Vaticano II y el más reciente *Ecclesia in Europa*, destacó en su charla actitudes importantes para la novedad que supone la construcción de este continente: la reconciliación, el diálogo y las Bienaventuranzas. Nos ha hecho una invitación a vivir la espiritualidad fundamentada en los sacramentos y en la familiaridad con la Palabra encarnada. Sacramentos vividos y Palabra hecha vida nos impulsan a superar los miedos, las diferencias, todo aquello que nos separa y que, a la vez nos permite abrir vías de encuentro como el perdón, la mansedumbre, la escucha y la comprensión. Todo ello lleva una fuerte carga de renuncia que consiste en dejar lo propio, para darse a los demás. Por último apeló a la paciencia como actitud básica en este proceso y al ejercicio concreto, diario, personal y comunitario del amor. Ejercicio que sólo será posible si hacemos del Evangelio la Buena Noticia para todos.

El sábado 6 estuvo dedicado a la Acción Católica más concretamente. A partir de la invitación que nos hace Juan Pablo II: “*Duc in Altum*, Acción Católica”, hubo una serie de intervenciones que posteriormente se profundizaron en los grupos de estudio:

- Mons Atilano Rodríguez, desde la experiencia de la Acción Católica Española trató el tema “Por qué la Iglesia necesita a la Acción Católica”. Diríamos muy brevemente, porque asume el fin mismo de la Iglesia que es la evangelización. Y para que esta evangelización dé frutos en la Europa de hoy, la AC necesita dos bases fundamentales: espiritualidad y formación, al igual que un acompañamiento cercano a sus miembros por parte de obispos y sacerdotes.
- Beatriz Buzzetti Thomson, subrayó “Los rasgos del rostro de la AC conciliar para el III milenio”, desde la esencia de ser todos bautizados y con las cuatro notas con las que define el Concilio Ecuménico Vaticano II a la AC. Insistió en que la Acción Católica llegue a todos los ambientes y ámbitos de la vida con un estilo formativo propio, tal y como lo señala la *Christifideles Laici*:

comunión, síntesis fe-vida, Magisterio Social de la Iglesia, espiritualidad encarnada.

- Beatriz Pascual de la Acción Católica Española ha insistido en la AC como escuela de formación de laicos, seminario de santidad laical. Entiende a la formación como un proceso integral de la vida misma.
- Maria Giovanna Ruggieri de la Acción Católica Italiana ha tratado el tema de la parroquia y la AC, resaltando la contribución de esta asociación laical para hacer de la parroquia una auténtica comunidad misionera, siempre abierta a nuevos retos.
- Oana Tuduce de la Acción Católica de Rumania, en particular de ASTRU (jóvenes católicos bizantinos), nos mostró la complejidad religiosa y cultural de su país, desde su realidad de mujer joven. Planteó como necesario el tema de la organización a nivel nacional y el problema de la emigración de los jóvenes rumanos a otros países.

Todas las jornadas del encuentro se han desarrollado en un clima fraterno al que han contribuido las oraciones y la celebración de la Eucaristía. Los espacios lúdicos tampoco han faltado. Las visitas por la ciudad nos han dado la posibilidad de descubrir su belleza a pesar de las secuelas de la violencia. Expresamos nuestro agradecimiento a la comunidad católica de Sarajevo que tan pendiente ha estado de nosotros durante estos días. Su acogida, su testimonio y su cariño los llevamos para siempre en nuestro corazón.

A modo de conclusión tres aspectos fundamentales han sido trabajados para avanzar en nuestro ser Acción Católica:

FORMACION

Que conjugue la fe y la vida, que sea integral y tenga a Cristo como centro de su existencia. Formación que requiere animadores preparados para acompañar los procesos en las diferentes etapas de la vida: niños, jóvenes y adultos.

PARROQUIA

Lugar básico de la vivencia comunitaria de la AC, que ha de recuperar esa bella imagen del Beato Juan XXIII que la definió como “fuente de la aldea”. Parroquia que ha de ser misionera y abierta a las necesidades de las personas de su entorno.

JOVENES

Personas con el derecho y el deber de ser protagonistas de su historia en las acciones y decisiones. Jóvenes que han de ser considerados como el presente. Jóvenes que necesitan personas que les acompañen y animen en el proceso de la vida.

Desde los grupos de estudio de estos 3 aspectos se han formulado las **siguientes propuestas al FIAC:**

Formación

- Elaborar una relación-inventario en la sede del FIAC con todo lo que los diferentes países tienen para la formación. Los países asumen el compromiso de enviar estos materiales.
- Redactar un material-guía que oriente a los animadores de los grupos.
- Realización de un encuentro europeo sobre ecumenismo.

Parroquia

- Hacer una reflexión sobre el laicado y preparar un itinerario de base para el estudio y el conocimiento del Concilio Ecuménico Vaticano II y del Magisterio.
- Contacto asiduo con los obispos en una doble dirección: desde el FIAC y desde las diócesis.

Jóvenes

- Contactos e intercambios entre países.
- Puesta en marcha del Departamento de Jóvenes del FIAC.

El FIAC es un lugar de encuentro y solidaridad. Durante estos días todos hemos vivido como riqueza lo que hemos aportado del Este y del Oeste. También el FIAC nos anima a sentirnos Pueblo de Dios y a ser miembros activos de la Iglesia. Con este deseo de que la Acción Católica contribuya a que el laico viva su vocación.

III Encuentro Continental Europa-Mediterráneo Sarajevo, 3-7 de septiembre 2003

Por una Europa fraterna La contribución de la Acción Católica

PROGRAMA

Jueves 4 de Septiembre 2003

09.30 Apertura

Invocación al Espíritu Santo

- Bienvenida y presentación del Encuentro y de los participantes

Intervenciones

- *La situación del país y de la diócesis de Banja Luka*
S.E mons. Franjo Komarica, Obispo di Banja Luka
Presidente de la Conferencia Episcopal de Bosnia-Erzegovina
- *La diócesis di Vrhbosna-Sarajevo*
S.E mons. Pero Sudar, Obispo Auxiliar de Vrhbosna-Sarajevo
- *Las diócesis de Mostar-Duvno y Trebinje-Mrkan*
p. Zeljko Majic, Buna-Mostar

11.15 Celebración de la Eucaristía en el Seminario

Presiede S.E mons. Franjo Komarica

15.00 Análisis de la realidad: "*Los problemas que nos unen*"

Intervenciones:

- Ilaria Vellani - Representante del Oeste (Italia)
- Alexandru Cistelean - Representante del Este (Rumania)

Debate

Oración de la tarde

20.00 Velada musical y paseo por Sarajevo.

Viernes 5 de Septiembre 2003

08.00 Celebración de la Eucaristía.

Preside S. E. mons. Francesco Lambiasi

Consiliario general de la AC Italiana y Consiliario del FIAC

- 09.45 Ponencia: *El futuro está en nuestras raíces*
La novedad del Evangelio en la Europa del III milenio
 P. Ghislain Lafont osb
- 11.00 Conferencia de prensa
- 11.15 Visita a la escuela interétnica
- 15.00 Trabajo en grupos sobre la ponencia/ Jóvenes y Adultos.
- 16.00 Plenario
- 18.30 Velada en conjunto: Presentación alternada de los países presentes con parroquias de Vrhbosna-Sarajevo

Sabado 6 Septiembre 2003

- 09.00 “*¡Duc in altum, Acción Católica! Ten el valor del futuro. Sé en el mundo presencia profética... Ten la humilde audacia de fijar tu mirada en Jesús...*”

Intervenciones:

- *Por que la Iglesia necesita a la Acción Católica*
 S.E. mons. Atilano Rodríguez, Obispo de Ciudad Rodrigo
 Consiliario de la Acción Católica Española
- *Los rasgos del rostro de la AC conciliar para el III milenio*
 Beatriz Buzzetti Thomson, Coordinadora del Secretariado
 y los responsables de las distintas AC presentes

Debate

- 12.00 Visita a Sarajevo
- 16.00 Grupos de estudio
- 18.00 Celebración de la Eucaristía
 Preside S.E. mons. Atilano Rodríguez, Obispo de Ciudad Rodrigo
 Consiliario de la Acción Católica Española
- 20.15 Asamblea y Oración final

Domenigo 7 Septiembre 2003

- 09.00 Lectura del comunicado final
- 10.30 Celebración de la Eucaristía en la Catedral
 Preside S.Em. card. Vinko Puljic
 Arzobispo de Vrhbosna-Sarajevo

LISTA DE LOS PARTICIPANTES

País	Diócesis
Argentina	
Beatriz Buzzetti Thomson	Lomas de Zamora
Austria	
Peter Grubits	Vienna
Bosnia-Erzegovina	
Mons. Vinko Pulijc	Sarajevo
Mons. Pero Sudar	Sarajevo
Mons. Franjo Komarica	Banja Luka
Zeljko Majik	Mostar
Vladko Medugorac	Mostar
Andrei Salom	
Marin Ceric	Mostar
Mateo Dacic	
Dario Markovic	
Klara Cavar	Sarajevo
Oliver Kristo	Sarajevo
Franjo Tomasevic	Sarajevo
Marko Gavrilovic	Sarajevo
Zvomir Misilo	Sarajevo
Hrvoje Sunjic	Sarajevo
Srdjan Vukelio	Sarajevo
Ivan Lasi	Sarajevo
Damir Vukovi	Sarajevo
Croacia	
Ivan Nekic	Gospic
Hungría	
Gabriella Nenyei	Esztergom - Budapest
Israel	
Jacoub Kassabry	Latin Parish Nazareth Haifa

Italia

Ilaria Vellani	Carpi
Don Ugo Ughi	Fano
Maria Giovanna Ruggieri	Gaeta
Silvia Corbari	Cremona
Thierry Bonaventura	Acireale
Anna Gobetti	Senigallia
Giuditta Barchiesi	Senigallia
Don Gesualdo Purziani	Senigallia
Daniele Gambassi	Siena

Malta

Ninette Borg Grech	Malta
Carmen Agius	Malta

Rep. Moldova

Viorel Gortolomei	Chisinau
Tereza Matushevcaia	Chisinau

Rumania

Alexandru Cistelean	Blaj
Adrian Popescu	Cluj
Cornel Cadar	Iasi
Anca Lucaci	Iasi
Dragos Florean	Iasi
Ciprian Muntean	Blaj
Codruta Fernea	Cluj
Pr. Iuliu Muntean	Oradea
Iulia Iova	Oradea
Oana Tuduce	Oradea
Dorel Popa- Mihuta	Oradea

España

Mons. Atilano Rodriguez Martinez	Ciudad Rodrigo
Beatriz Pascual	Alcala
Araceli Cavero	Husca
Fernando Urdiola	Zaragoza

Secretariado FIAC

Ghislain Lafont osb, Relator
Mons. Francesco Lambiasi
Beatriz Buzzetti Thomson
Maria Grazia Tibaldi